

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

# FAUSTO.

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

ESCRITO POR

DON FRANCISCO JAVIER COBOS,

SOBRE UN EPISODIO DEL POEMA ALEMÁN

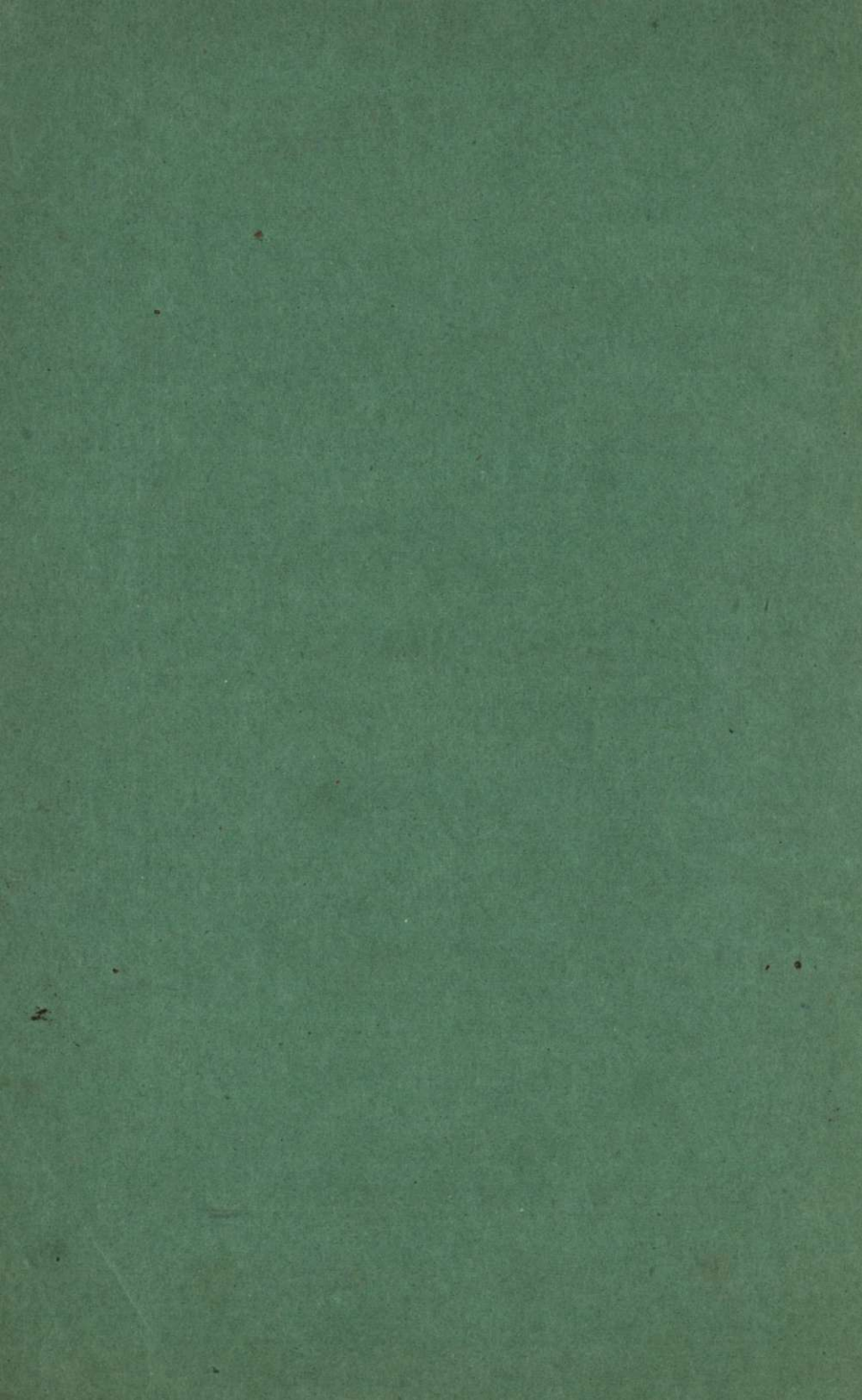
DEL MISMO TÍTULO.

—  
GRANADA.

—  
IMPRESA DE D. F. VENTURA Y SABATEL.

IMPRESOR DE SS. MM.

1866.



# FAUSTO.

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

D. FRANCISCO JAVIER COBOS,

FAUSTO.

DEL MISMO TÍTULO.

*Mr. D. Jacobo Orrellana, en  
testimonio de consideracion y afecto  
El Autor.*

GRANADA

IMPRESA DE M. Y. VENTURA Y CAÑAS

EN LA CALLE DE SAN JUAN

1860

FAUSTO

At the Court of the  
Honorable the President of the  
United States

9103

# FAUSTO.

D. LORENZA DE VILLAVICENCIO

CORRAL Y CANAS.

MARQUESA DEL SALAR, CONDESA DE BELMONT DE 1430, ETC., ETC.

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

ESCRITO POR

**D. FRANCISCO JAVIER COBOS,**

SOBRE UN EPISODIO DEL POEMA ALEMAN

DEL MISMO TÍTULO.

GRANADA.

IMPRESA DE D. F. VENTURA Y SABATEL,

IMPRESOR DE SS. MM.

1866.

Centro de Documentación de  
las Artes Escénicas de Andalucía



R.24096

## D. LORENZA FERNANDEZ DE VILLAVICENCIO

CORRAL Y CAÑAS.

BARCELONA DEL SALAR, LONDRES DE BELMONT DE TAYLOR, ETC.

Poniendo este libro bajo la protección de V. M. aspiro  
 a que vaya publicado, al aparecer impreso, con el  
 ejemplo poder de la hermandad del reino y de la posición  
 social, reduciendo dones por Dios se ha comprometido en der-  
 ramar a manos llenas sobre V. M. que tan buen uso sabe hacer  
 de ellos, ejemplo, al mismo tiempo, un deber de gratitud,  
 que un corazón se comprometa en reconocer y publicar.  
 Fernando V. pues, que ponga su ilustre nombre al fin  
 de una obra, por el hecho de que el ser la sola y única  
 política que entre sus páginas encuentro.

FERNANDO LAFITE BOROS.

## ADVERTENCIA.

ESCRITO este drama en poco tiempo y con objeto de que se ejecutara en el Teatro Principal de Granada en una época fija, se presenta al público sin pretensiones de ninguna especie, aunque con una sancion favorable, adquirida en esta Ciudad y en los teatros Principal y de la Princesa de Valencia. Inspirado por la primera parte del FAUST del inmortal GOETHE, hemos tenido especial cuidado en conservar las ideas culminantes, las frases enérgicas, los magníficos y profundos pensamientos del poema alemán, en cuanto nos lo han permitido la índole del idioma, las dificultades de la rima y las conveniencias escénicas. Otra cosa la hubiéramos creído una profanacion.

Además, al llevar á la escena el episodio de Margarita, no podíamos olvidar la popular partitura del famoso GOUNOD, y aspiramos desde luego á que las deliciosas armonías del Maestro francés prestaran movimiento, pasión é interés á nuestros cuadros, uniendo en artístico maridaje la música y la poesía. Para esto necesitábamos dos cosas: conservar las principales situaciones del libreto de los Señores Barbier y Carré, sobre el cual escribió GOUNOD, y contar con un Maestro cuyo entusiasmo y

conocimientos en el arte fuesen una garantía de acierto, al armonizar las situaciones musicales con las dramáticas. Hicimos lo primero aun á riesgo de no merecer perdon ante los ojos de la crítica, y encontramos el segundo en nuestro amigo D. Antonio de la Cruz, cuyos profundos conocimientos musicales corren parejas con su delicado tacto y buen gusto. Á él se debe, sin duda, la impresion favorable que muchos cuadros del drama hacen en el público. Tenemos una satisfaccion en declararlo así ante todo el mundo.

Antes de concluir es muy justo consignar el nombre de la Señorita D.<sup>a</sup> Elisa Boldun, y los de los Señores D. Victorino Tamayo y D. Rafael Calvo, encargados respectivamente de los papeles de *Margarita*, *Mefisthófeles* y *Fausto*, y especialmente el del Sr. Tamayo, por la propiedad y el talento con que caracterizaron aquellos personajes; sirvales este recuerdo como testimonio de cariño y de simpatia.

# PERSONAJES

## ACTO PRIMERO

### FAUSTO.

# PERSONAJES.

---

Margarita.

Martha.

Mefistófeles.

Fausto.

Siebel.

Valentin.

Brander.

Frosch.

Almayer.

Doncella 1.<sup>a</sup>

Doncella 2.<sup>a</sup>

Soldado 1.<sup>o</sup>

Soldado 2.<sup>o</sup>

Estudiante 1.<sup>o</sup>

Estudiante 2.<sup>o</sup>

**Estudiantes, soldados, hombres y mujeres del pueblo,  
ángeles, etc.**

**SIGLO XIV.**

## ACTO PRIMERO.

Habitación de Fausto.—Sala gótica de bóveda elevada y estrecha, cerrada al fondo.—Á la izquierda una ventana ojiva de gran altura.—Á la derecha una puerta que figura comunicar con la calle.—En las paredes y esparcidos por la habitación objetos extraños de matemáticas, astrología y nigromancia.

### ESCENA PRIMERA.

FAUSTO, *sentado á una mesa, donde habrá multitud de libros grandes en pergamino, papeles y animales raros disecados.*—Casi perdida entre ellos una pequeña lámpara, única luz que alumbra la escena.—Después SIEBEL.

FAUSTO.        En el nombre de Dios. (*Leyendo.*)  
                  (*Declamando.*)        Siempre este nombre,  
                  llenando con su lumbre soberana  
                  desde el oscuro abismo del vacío,  
                  donde los mundos rápidos voltean,  
                  hasta la estrecha inteligencia humana  
                  á quien las sombras sin cesar rodean.  
                  Dios es y fué, como será mañana;  
                  y á su mirada ardiente,  
                  ni el pasado se vela entre las brumas  
                  del polvo de los siglos,  
                  ni el porvenir existe, ni el presente.

Misterio que devora mi existencia  
es el Ser inmortal, de cuya esencia  
luz toma mi razon, que desvaria  
por la punzante duda espoleada.  
¡Orgullo y vanidad....! Esa es mi ciencia :  
humo, mentira, nada!  
Sin principio ni fin..... ¡Oh duda horrible!  
¡Misterio incomprensible,  
desconocido para mí, siniestro....!

(*Llaman á la puerta de la derecha.*)

¿Quién mi silencio turba?

SIEBEL. (*Entrando.*) Yo, maestro.

FAUSTO. ¿Por qué á tal hora ante el maestro llega  
tu planta juvenil? ¿De cuándo el mozo (*Se levanta.*)  
deja las horas que á gozar convidan,  
al placer y al amor tributo niega,  
y busca la mansion en donde anidan,  
en consorcio severo,  
la ciencia helada y el precepto austero?

SIEBEL. Desde que el triste jóven no comprende  
por qué libra su alma  
sordo, devorador, rudo combate,  
que con fuego infernal su pecho enciende,  
ó con soplo glacial su pecho abate.

Yo padezco, y no alcanza  
mi inteligencia ruda,  
por qué á veces me alienta la esperanza,  
y otras me rinde la punzante duda.  
Sumergida en tinieblas mi conciencia,  
la luz viene buscando de tu ciencia.

FAUSTO. ¿Tú tambien desgraciado? ¿Quién impío  
de tu edad marchitó las ilusiones?  
¿Cómo el aliento frio  
del desengaño circuló en tus venas,  
cambiando en tormentosos vendabales  
las dulces horas del placer serenas,

y los primaverales  
deseos que , con mágica armonía ,  
arrullan placenteros  
la juventud dichosa  
al brotar de la rica fantasía?  
Habla , te escucho, Siebel. (*Sentándose.*)

SIEBEL.

Temblorosa,  
de tus palabras al calor suave  
viene á abrirse mi alma,  
como al beso del sol se abre la rosa.  
Muy niño aun , abandoné la calma  
del paternal asilo, y esquivando  
los fútiles recreos  
de la florida juventud primera,  
ocupacion busqué grave y severa  
en profundos estudios. Mis deseos  
mas caros , mi ventura  
cifré tan solo en merecer la gloria  
que el sabio alcanza, y que á la edad futura  
lega en eternas páginas la historia.  
Mi libro fué mi Dios. Ante mi vista  
naturaleza entera abrió su seno,  
y allí encontré, desde la seca arista  
que impalpable en el éter libre flota,  
hasta el astro gigante de luz lleno  
que mide en raudos giros  
de los espacios la region ignota.  
Yo sorprendí al formarse el pensamiento,  
y analicé sus partes: de la vida  
el misterio aprendí: fijo y atento  
del corazon conté las pulsaciones:  
el influjo estudié de las pasiones,  
y busqué la verdad mas escondida,  
y alumbraron mi jóven existencia,  
brotando de tus mágicas lecciones,  
los inefables rayos de la ciencia.

Y era feliz: la sed que devoraba  
mi ruda inteligencia,  
en tu voz ó en los libros apagaba;  
y oyendo tus lecciones, ó estudiando,  
mi juventud así se deslizaba,  
ansiosa un mas allá siempre buscando.  
Mas una tarde, en que el cerebro ardiente  
se negaba á pensar, triste y cansado  
abandoné el silencio de mi estancia,  
ansiendo respirar mas puro ambiente,  
del prado y de la selva la fragancia,  
y á los campos corrí: valles y montes  
crucé, sin llevar norte ni camino,  
siempre en busca de nuevos horizontes,  
cuando por suerte, ó por desgracia impía,  
á una granja condújome el destino.  
Era la hora en que, muriendo el día,  
arroja sobre el mundo, misteriosa,  
vaga melancolía,  
y en que todo mortal ora ó reposa.  
Del fondo de mi alma, religiosa  
inspiracion alzóse; hondo suspiro  
de amor brotó del corazon ardiente,  
y al perderse en el aire en vago giro,  
de la vecina loma en la pendiente,  
como sombra evocada en un conjuro,  
ante mí de repente  
ví surgir, destacándose en lo oscuro,  
una mujer, en cuya pura frente,  
brillaban con destellos soberanos  
los últimos reflejos del poniente.  
Honda emocion sentí: latió violento  
mi corazon; turbóse mi mirada;  
y en éxtasis dulcísimo arrobada  
el alma, contempló la imágen pura  
que, cual vision fingida,

perdióse en un momento  
del bosque en la espesura.  
¿Qué pasó por mi ser, qué grato influjo,  
qué sensacion profunda  
á tal extremo mi razon redujo?  
No lo sé; pero cuando  
ya el sol iluminaba  
las altas cumbres con su luz fecunda,  
aún mi vista buscaba  
la vision celestial, aún aspiraba  
mi pecho embriagado  
el aire perfumado  
con el divino aliento  
de la ideal y púdica belleza:  
aún débil mi cabeza  
creia delirar, y el alma mia  
inundaban al par crudo tormento  
y celestial y plácida alegría.  
Desde entonces, maestro, vivo solo  
de aquel recuerdo mágico y querido,  
que alumbra mi razon ó me enloquece,  
que hace brotar en mí nuevo deseo,  
que amarga mi existencia ó la embellece.  
¡ Recuerdo seductor! ¡ Recuerdo impío,  
que no pueden borrar de mi memoria  
ni el estudio severo,  
ni el santo afan de gloria,  
antes único amor del pecho mio!  
¡ Creacion de un infausto desvarío  
que diviniza audaz mi pensamiento,  
huye de mí un momento!  
¡ Déjame por piedad, duda inclemente:  
arranca de mi frente  
este ardor de insensata calentura!  
¡ Ilusion engañosa,  
no me anegues en ondas de ventura;

no me alientes con sueños seductores,  
para gozarte luego en mis dolores!  
Y tú, sabio doctor, á cuya ciencia  
nada se esconde, dime  
qué es esto que devora mi existencia.  
Vierte luz en mi alma tenebrosa  
con tu inspirado acento.  
Dime por qué me acosa  
sin tregua este deseo violento :  
dime por qué me anima la esperanza  
ó me hiela el temor. ¿Qué sentimiento  
es este que á la vez mata y da vida?  
Responde, noble anciano :  
derrame ya tu mano  
bálsamo bienhechor sobre la herida  
que en este pecho abrió sino funesto.  
Respóndeme por Dios, habla, ¿qué es esto?

FAUSTO.

Amor, sublime amor.

SIEBEL.

¿Amor digiste?

¿Cómo obra esa pasión en los sentidos  
que á su dulce influencia  
despiertan los instintos adormidos,  
en otra trasformando la existencia?

FAUSTO.

Es ley universal á que obedece  
cuanto del sumo Dios recibe aliento,  
y á cuyo solo acento  
el mundo se estremece.  
Enlaza amor la creación entera ;  
en sus órbitas mil los orbes guía  
del uno al otro polo de la esfera,  
y sus delicias el celeste coro  
canta con inefable melodía,  
llenando el universo de armonía.  
Ya el alma arroba con ensueños de oro,  
ya la destroza con dolor profundo,  
que es cuna y tumba, al par, de los placeres :

y con su aliento mágico y fecundo,  
hace brotar los seres de los seres.

Tal es el fuego que en tus venas arde.

De la vida la rica primavera

atraviesas dichoso, y en su llama

de puros y vivisimos colores

tu sangre juvenil loca se inflama.

Hoy tu frente acarician los amores

en enjambre risueño y bullicioso,

sembrando de placeres

de la vida el camino trabajoso.

Corre á pedir la dicha á las mujeres;

que pronto el tiempo con su mano fria

sobre tí arrojará penas insanas,

y adornará implacable cual la mia

tu frente con la nieve de las canas.

SIEBEL. Gracias, maestro: tus conceptos sábios

nuevos bríos infunden á mi aliento.

Ya siento palpitar entre mis labios

palabras de dulcísima ternura

con que cantar la célica hermosura

que ocupa sin cesar mi pensamiento.

Amor, divino amor es el que siento;

su aroma regalado el que respiro,

su ardiente pulsacion la que en mí late,

su queja de placer es mi suspiro.

Tu me darás las armas del combate

y saldré victorioso. ¡Ella me espera!

Echada está la suerte!

FAUSTO. Sé en la batalla fuerte.

SIEBEL. Huya el presagio lúgubre y siniestro.

Voy mi jóven y rica primavera

á gozar.

FAUSTO. A vivir!

SIEBEL. A amar, maestro!

*(Siebel se aleja dominado por la emoción, y como trasfigurado por el amor. Fausto le contempla con sonrisa amarga y dolorosa.*  
—Pausa.)

## ESCENA II.

FAUSTO.

¡ Á gozar! ¡ Á vivir! Y yo impotente,  
amarrado á este débil esqueleto,  
vana ciencia soberbio devorando  
ansioso de saber, vivo muriendo!  
¡ Hasta cuando ¡ ay de mí! cárcel oscura  
ha de ser este misero agujero,  
de un alma que á regiones infinitas  
en busca de la luz tiende su vuelo?  
Yo aprendí cuanto al mundo le enseñaron  
poetas y doctores y maestros.  
De cuanto al hombre mas espanto causa,  
yo, sábio entre los sábios, nada temo,  
y ni mi vida la esperanza alumbra,  
ni los placeres arden en mi pecho.  
Tras una vida entera de trabajo  
triste abandono y soledad encuentro;  
que esquivan todos la mansion sombría  
del ágrío estudio y del mortal silencio.  
Ah! si la fuerza del Poder sublime  
me revelara todos sus misterios,  
mi parte de placer pidiera al mundo,  
jóven, altivo, varonil, soberbio,  
y sacudiendo el peso de los años,  
de esa luna á los plácidos reflejos;  
yo trepara á las altas cordilleras,  
yo descendiera á los profundos senos  
del turbulento mar; ágil flotara  
en sus pintadas grutas con los genios

del placer guardadores, y mi labio  
fuera á beber en el mármóreo pecho  
de púdica y bellísima doncella,  
en ondas de ternura, amor excelso.

Juventud, juventud!!! yo te saludo  
y en tu perfume celestial me anego,  
que aun atada á estas viejas ligaduras,  
dan combate á mi alma los deseos!

—¿Mas qué delirio mi razon se finge  
caduca y miserable? ¿Por qué el viejo  
torna al pasado los cansados ojos,  
evocando de amor dulces recuerdos?

¿Qué me queda en el mundo? Luto y llanto:  
de la muerte implacable el dulce sueño  
que me llama hácia sí con voz tranquila,  
impulsando mi alma hácia el inmenso  
desconocido Océano, que se extiende  
á mis piés con pausado movimiento,  
y que me brinda playas ignoradas  
donde he de hallar el suspirado puerto.

Sea, no mas dudar.

*(Se dirige á un armario y saca de él una redoma y una copa,  
que llena del licor contenido en la primera.)*

Licor precioso,  
copa donde bebieron mis abuelos,  
tú que tanto has brillado en los festines,  
Rhin espumoso al huésped ofreciendo,  
hoy abres para mí del infinito  
el espacio sin límites ni término,  
y yo á mi vez consagro esta solemne  
libacion á la aurora del día nuevo.

*(Va á beber; óyese á lo lejos el coro que canta las siguientes es-  
trofas, y se detiene escuchando.)*

Coro, dentro. Rompamos del sueño  
el negro estupor,

que ya alumbra puro  
los campos el sol.

La alondra ya canta

su linda cancion:

la rosa entreabre

su rojo boton,

el aura su aroma

aspira en la flor,

y toda natura

nos brinda el amor.

*(Cesa el coro.)*

FAUSTO.

Vanos clamores del placer humano,

huid de mí; no turbe vuestro acento

este instante inefable en que mi alma

quebrantando su cárcel vuela al cielo.

No mas duda cobarde: de la muerte

busco el tranquilo sepulcral silencio,

y me lo ofrece el fondo de esta copa...

¿Por qué mi frente late? ¿Por qué tiemblo?

Ven á mis manos, copa de ventura,

é inicia mi razon en tus misterios.

*(Intenta beber por segunda vez, cuando le impresiona y detiene de nuevo el canto.)*

CORO, dentro. La nueva aurora

el campo inflama;

ya lo colora

con roja llama.

¿Por qué tardamos?

Todos corramos;

al campo vamos

á trabajar.

Sereno el cielo,

la tierra hermosa,

la aurora el campo

viste de rosa.

La esfera límpida;

azul se ve.

¡Gloria al Eterno,  
supremo bien!

*Cesa el coro.*

FAUSTO. ¡Gloria al Eterno cantan con fe ciega!  
Yo tambien cantaré gloria al Eterno!  
Mas ¿qué ha de hacer por mí? ¿Daráme amores,  
riquezas, juventud, la fe á mi pecho?  
No, imposible...! Imposible, y lo ambiciono!  
Es imposible, y sin embargo, quiero.  
¡Oh! Maldigo mil veces la impotencia  
de la vejez cansada, á quien el tiempo  
enlaza con cadena de esperanzas  
engañadoras que disipa el viento, (Música.)  
como maldigo el fausto, y los placeres,  
y el amor, y la fe; que ya en mi pecho  
la desesperacion ardiente ruge  
la venganza evocando del infierno.  
¡Espíritu del mal, surge á mi vista!  
¡Ven á mí, Satanás!

MEFISTÓF. Héme aquí.

FAUSTO. ¡Cielos!

(Aparece Satanás bajo la figura de Mefistófeles.)

### ESCENA III.

FAUSTO y MEFISTÓFELES.

MEFISTÓF. Tengo el honor de saludar al sábio  
que sudar al demonio tanto ha hecho.  
¡Tiembra, doctor, tu pecho,  
y enmudece tu labio?  
Pueril temor! Tu acento escuché altivo  
que me llamaba aquí desesperado,  
y aquí me tienes, con espada al lado,  
rico traje y severo,

el aire noble y el aspecto hinchado  
como cumple á un gallardo caballero.  
¿Qué quieres, pues, de mí?

FAUSTO.

Nada.

MEFISTÓF.

Turbado  
tu espíritu se halla en mi presencia!

FAUSTO.

Es fuerte mi conciencia,  
y no tiembla mi alma arrepentida;  
¡vete, déjame en paz!

MEFISTÓF.

¡Ingrato amigo!  
¿Al que viene á brindarte con la vida  
de juventud y amor; al que despierta  
tu sensacion dormida,  
con mal humor le pones á la puerta?  
¿Crees en mi poder?

FAUSTO.

¿Qué puedes darme?  
Mentida dicha, pasajera, incierta;  
en mezquinas pasiones  
el débil pecho lúbrico inflamarme?  
¿Ha habido entre vosotros, por ventura,  
quien las aspiraciones  
magníficas del hombre comprendiera?

MEFISTÓF.

No conozco la ciencia verdadera;  
pero sí muchas cosas que tú ignoras,  
y que irás aprendiendo  
al lento deslizarse de las horas.  
Pero estamos perdiendo  
tiempo que nunca recobrase puede.  
¿Quieres oro?

FAUSTO.

Desprecio la riqueza.

MEFISTÓF.

No tienes del avaro la flaqueza.

Pláceme ver que es grande tu deseo.  
¿Ambicionas la gloria?

FAUSTO.

Transitoria,  
en este mundo de pasiones viles,  
ha sido para mí siempre la gloria.

MEFISTÓF. ¿Apeteces poder?

FAUSTO. Lo que ambiciono,  
vale mas que la gloria y la riqueza  
y mucho mas que el esplendor del trono.

Yo quiero del amor y la belleza  
los tesoros gozar con que á raudales  
pródiga los dotó naturaleza.

Yo quiero en el ardor de las pasiones  
abrasarme otra vez, los celestiales  
trasportes del placer loco apurando.

En vez del hielo que en mis venas corre,  
quiero sentir ardientes oleadas

de sangre juvenil, que el blanco mate

de mi rugosa y pálida mejilla  
torne en rojo carmin: que mis cabellos  
secos y encanecidos

por el tiempo inclemente,

en rizos ondulantes y sedosos

desde la erguida frente

hasta la espalda caigan esparcidos;

que el alma mia de placer ansiosa,  
apure embriagada

del deleite la copa perfumada;

que el oprimido corazon quebrante

su lóbrega clausura;

que un porvenir de gloria y de ventura

el vivo sol de mi esperanza alumbre;

y henchido de poder, de fuerza y brio,

á mis piés contemplar desde alta cumbre,

con toda su grandeza el mundo mio!

MEFISTÓF. ¡Bravo, sábio doctor! Pues tú lo quieres

y á servirte me allano, pronto sea.

Juntos apuraremos los placeres;

y esclavo servicial de tu capricho,

cuanto tu sed hidrópica desea

mi poder te dará; lo dicho, dicho.

Pero ya que obediente  
á tu existencia enlazo mi existencia,  
hallo justo, doctor, y conveniente,  
para tranquilidad de tu conciencia,  
que unas líneas me firmes, en que digas  
que en pago de mi dócil complacencia  
mi esclavo á ser te obligas.  
Escribe.

FAUSTO.

Sea.

MEFISTÓF.

Mas te advierto antes  
que has de escribir con sangre.

FAUSTO.

Nunca. Rota  
mi obligación contigo miraria.

MEFISTÓF.

Sé galante, doctor, basta una gota.

FAUSTO.

Lo rechaza mi fe. *(Música.)*

MEFISTÓF.

Pedantería

es ya tu oposición.

*(Fausto va á escribir, pero titubea y se detiene.)*

FAUSTO.

Tiembla mi mano,  
y se niega á trazar los caracteres  
que han de acusar mi esclavitud escrita.

MEFISTÓF.

Escribe.

FAUSTO.

No, jamás.

MEFISTÓF.

Duda tu alma...

Mira á la juventud como te invita.

*(Ábrese el fondo, y deja ver á Margarita hilando, sentada á la puerta de su casa, destacándose en un fondo alegre y luminoso que contraste notablemente con la severidad del gabinete de Fausto.)*

FAUSTO.

*(Contemplando el cuadro con entusiasmo.)*

¿Qué imagen celestial es la que veo?

¿Qué mujer hechicera

es esa, superior á mi deseo,

en cuya pura frente

brilla casta aureola de hermosura,

mientras irradia su pupila ardiente  
rayos de amor en ondas de ternura?

MEFISTÓF. Es la niña inocente,  
es la tórtola cándida, que pura  
dará su amor, su alma y su belleza,  
al que la cubra con tejidos de oro,  
ó adorne con diamantes su cabeza,  
ó la engañe villano.

Firma ese pacto con segura mano,  
y déjame en la pista del tesoro  
que he de entregarte intacto.

FAUSTO. Toma, pues. *(Después de firmar.)*

MEFISTÓF. Está bien; firmado el pacto.

Eternamente mio. Mas por ella

á apurar esta copa ahora te invito.

FAUSTO. Por tí, mujer idolatrada y bella!

*(Tomando la copa que está sobre la mesa.)*

MEFISTÓF. *(Tomando la jarra.)*

Por la mansion del fuego donde habito;

donde á la muerte helada

ni imperio se le da ni tiene entrada,

y á donde van caminos perfumados

del vicio con las flores alfombrados!

*(Al beber Mefistófeles, se escapa una ligera llama de la jarra:  
la vision desaparece y Fausto queda trasformado en un jóven apues-  
to y elegante.)*

FAUSTO. Ah! mi ángel tutelar! *(Al ver que ha desaparecido  
la vision.)*

MEFISTÓF. Ven.

FAUSTO. ¿La veremos?

MEFISTÓF. Muy pronto.

FAUSTO. ¿Hoy mismo?

MEFISTÓF. Cuando tú lo quieras.

FAUSTO. Vamos, que ya mi corazon palpita

de amor y juventud al sacro aliento.  
Amor, divino amor es el que siento;  
su aroma regalado el que respiro;  
su ardiente pulsacion la que en mí late;  
su queja de placer es mi suspiro.

Tú me darás las armas del combate  
y saldré victorioso. ¡Ella me espera!  
¡Echada está la suerte! (Música.)

MEFISTÓF. Sé en la batalla fuerte!

FAUSTO. Deja el presagio lúgubre y siniestro.

Voy mi jóven y rica primavera  
á gozar, á vivir!

MEFISTÓF. Á amar, maestro.

(Sale Fausto.— Mefistófeles le contempla un momento con una sonrisa infernal que prolonga hasta convertirse en una ligera carcajada.)

## ACTO SEGUNDO.

Afuera de Leipzig: á la izquierda del actor se descubren las últimas casas de la ciudad: á la derecha, en primer término, la fachada exterior de la taberna de *Auerbach*, sobre cuya puerta y á una altura conveniente se ve una muestra pintada que representa al dios Baco: en segundo término árboles y vegetacion frondosa: al fondo campiña risueña.

### ESCENA PRIMERA.

*Aparece poblado el teatro de grupos de estudiantes, aldeanos, doncellas, soldados, etc. Delante de la puerta de la taberna, sentados á una mesa y bebiendo y disputando, se encuentran FROSCH, BRANDER y ALMAYER. Las demás mesas están ocupadas por estudiantes y aldeanos.*

ESTUD. 1.º ¡Á beber!

IDEM 2.º ¡Á beber!

•IDEM 1.º Brille

hirviendo el Rhin en las copas,

y el ruido de las canciones

los vientos alegre rompa!

¡Viva el vino!

IDEM 2.º ¡Viva el vino,

y en tintos raudales corra,

mientras á la libertad

alzo cancion patriótica!

- ¡ Viva, pues, la libertad  
de nuestra Alemania diosa!
- IDEM 1.º ¡ Y el vino, de los borrachos  
alma, luz, encanto y gloria!
- SOLD. 1.º ¡ Vivan las rudas batallas,  
y las doncellas hermosas!
- IDEM 2.º ¡ Vivan; y fuertes domando  
de la guerra las derrotas,  
desdenes y cuchilladas  
convirtamos en victorias!
- IDEM 1.º Y cuando vencidas sean,  
nuestra fuerza les imponga  
como tributo de amores  
caricias embriagadoras.
- DONC. 1.ª (*Señalando á los estudiantes.*)  
No os alejeis, compañeras:  
mirad cuantas mariposas  
la flor de nuestra hermosura  
ávidas de amores, rondan.
- IDEM 2.ª ¡ Estudiantes y soldados!
- SOLD. 1.º ¡ Gran pesca para una boda!
- SOLD. 1.º Eh! camaradas! ¿ No veis  
cuantas doncellas graciosas  
andan hoy tras del amor?
- DONC. 1.ª (*Á las demás.*) Ya han reparado en nosotras
- SOLD. 2.º ¡ Calla, es verdad! ¡ Vive Cristo,  
y qué lindas que son todas!
- IDEM 1.º Llenos de ardor nuestros pechos  
marchemos á la victoria.
- VARIOS. ¡ Al asalto!
- OTROS. ¡ Á la conquista!
- ESTUD. 1.º ¡ Halcones, á las palomas!
- (*Todos rodean el grupo de doncellas.*)
- DONC. 1.ª Despacio, señor soldado!
- SOLD. 1.º Vamos, no seas desdeñosa.
- DONC. 1.ª No es mi corazon muralla

que por asalto se toma.

ESTUD. 1.º Dice bien: con las mujeres  
hay que usar de ciertas formas.

SOLD. 2.º Sitiémoslas por amor  
que así rendirlas se logra.  
(*Sigue el grupo aparte, pero con animacion.*)

FROSC. ¿No hay ya quien quiera beber  
ni reir? ¡Vaya una broma!

Está visto, no servís  
para maldita la cosa.

BRANDER. Tú tienes la culpa.

FROSC. ¿Yo?

BRANDER. Tú, puesto que no colocas  
sobre el tapete una piedra  
de escándalo, ni...

FROSC. Pues toma,  
ahí la tienes. (*Arrojándole el vino á la cara.*)

BRANDER. ¡Miserable!  
(*Se levanta en actitud amenazadora.*)

ALMAYER. ¡Afuera los que alborotan!  
Para reñir, á otro sitio,  
que este no es bueno, ni es hora.

BRANDER. Dadme, por Dios, algodones,  
que el maldito me destroza  
el tímpano con sus gritos.

FROSC. Y tiene razon de sobra:  
el que empieza á incomodarse,  
fuera, que aquí nos estorba.

Yo voy mientras tanto, amigos,  
á componer una oda:  
«¿Cómo aun puede subsistir  
«el gran imperio de Roma...?»

BRANDER. Nada, nada de política (*Interrumpiéndole.*)  
ni de canciones patrióticas:  
cantemos á nuestras bellas  
que es lo que mas nos importa

- FROSCH. No me disgusta el asunto.
- BRANDER. «Rui señor que entre las frondas (*Con entonación enfática.*)  
«de la enramada sombría  
«tus ayes de amor entonas,  
«ve á saludar á mi amada...»
- ALMAYER. (*Que le interrumpe.*) Deja tu saludó ahora  
si no quieres fastidiarnos  
con tus canciones eróticas.
- BRANDER. Yo saludo á mi querida...
- ALMAYER. Salúdala en verso y prosa  
cuanto quieras : su belleza  
y sus encantos pregona ,  
que no dejará por eso  
de engañarte á todas horas  
como á mí. Cuando te vea  
sin un florin en la bolsa ,  
ya se buscará otro amante.....  
de seguro, así son todas.
- BRANDER. Silencio, allí viene Siebel.
- ALMAYER. Qué pensativo...

## ESCENA II.

*Dichos y SIEBEL, que atraviesa por entre los grupos pensativo y meditabundo.*

- FROSCH. ¡Hola, hola!  
Poeta de los jardines,  
cantor de las enramadas,  
¿compones algun idilio?
- SIEBEL. ¡Ah! Perdonad : tengo el alma  
desgarrada por la pena,  
y mi fantasía nada  
puede evocar que recuerde

las risueñas y las gratas  
escenas de nuestra vida.

BRANDER. ¿Pero cuál es tu desgracia?

¿Qué pena te aflige, Siebel?

ALMAYER. ¿No podremos remediarla?

SIEBEL. Es irremediable, amigos.

FROSCH. Somos compañeros, habla:

VALENTIN. nuestra bolsa y nuestro brazo:  
son tuyos.

SIEBEL. Ya lo se: gracias.

Pero ni vuestro valor,

ni vuestra bolsa, ni nada

es bastante á mitigar

de mis pesares la causa.

Escuchadme: Margarita,

la niña mas bella y casta

de nuestro canton; aquella

á quien las madres señalan

á sus hijas por modelo;

la que los esposos aman,

y los amantes envidian;

la que en toda la Alemania

no tiene rival, se queda

huérfana y abandonada,

porque Valentin su hermano,

su único apoyo, se marcha

como soldado á la guerra

á pelear por su patria.

BRANDER. ¿Y es eso lo que te aflige?

Pon á tus pesares calma:

nosotros, todos nosotros

la aceptamos como hermana,

y por ella velaremos.

SIEBEL. ¡Ay amigos! Vuestra hidalga,

vuestra noble proteccion,

empañaria su fama

- FROSCH. ante los ojos del mundo!  
FROSCH. ¡Ay del que impió una mancha  
se atreva á echar en su honra!
- ALMAYER. Al infame que esto osara  
le arrancaria la lengua!
- SIEBEL. Bien, Almayer: no esperaba  
de tu noble corazon  
otra cosa; mas no bastan  
nuestros deseos: ¿creeis  
que conviene á una muchacha  
hermosa como la luna,  
como el sol, como del alma  
las primeras ilusiones,  
y pura cual la mirada  
de un ángel, el patrocinio  
de cuatro estudiantes...!
- FROSCH. Calla,  
es verdad....!
- SIEBEL. Entre los cuales  
está el hombre que la ama?
- ALMAYER. Tienes razon.
- SIEBEL. Esa es  
de mis pesares la causa.  
Margarita, pobre niña  
de todos abandonada,  
teniendo por guardadora  
únicamente, á esa Martha,  
vieja servil...
- BRANDER. Y egoista:  
capaz de vender su raza  
al diablo, por un florin,  
si el diablo se la comprara.
- SIEBEL. Mas ved: Valentin se acerca.  
Silencio....
- BRANDER. Ni una palabra,

### ESCENA III.

*Dichos y VALENTIN que se acerca lentamente por el fondo, trayendo en la mano una medalla de plata.*

VALENTIN. ¡ Oh veneranda medalla,  
don de una hermana querida !  
Tú protegerás mi vida  
en los campos de batalla.  
Tú serás el talisman  
que me libre de la muerte ;  
y si morir es mi suerte,  
sobre mí te encontrarán.

FROSCH. ¡ Eh, Valentín !

VALENTIN. ¡ Compañeros !  
Amigos del alma mía,  
busco vuestra compañía  
para daros los postreros  
abrazos : voy á lidiar,  
defendiendo en faz de guerra  
nuestra patria, nuestra tierra...

BRANDER. Quien así la sabe honrar  
es un valiente soldado.

TODOS. ¡ Viva !

VALENTIN. Emprendo la jornada  
con el alma acongojada  
y el corazon destrozado.

ALMAYER. ¿ Comienzas á entristecerte ?  
Sin causa al valor abates,  
que al valiente en los combates,  
siempre respetó la muerte.

VALENTIN. No temo la peligrosa  
lucha, ni morir tampoco ;  
que una vida vale poco

ante una muerte gloriosa.

La patria es madre querida

á quien la vida debemos,

y es muy justo que le demos

á nuestra madre la vida.

Cuando la trompa guerrera

llena con su ronco son

de la patria la extension,

y nos llama á la frontera;

cuando el incendio voraz

pueblos consume y ciudades,

y son nuestras heredades

del enemigo rapaz,

¿qué muerte mas envidiada,

ni mas bella se concibe

que aquella que se recibe

por la patria idolatrada?

Fuera el cobarde temor

y brille el cortante acero;

digna tumba del guerrero

es el campo del honor.

Y el que en el pecho no aliente

un corazon bien templado,

que sepulte avergonzado

en el polvo vil la frente;

que si á la patria querida

vida y honra le debemos,

merece la consagremos

á un tiempo la honra y la vida.

BRANDER.

¡Bien! Jamás hemos dudado

de tu puro patriotismo,

que es tu corazon, el mismo

sentimiento dilatado.

VALENTIN.

Sí: pero hoy al dejar

estos queridos lugares,

amargos son mis pesares,

pues tengo que abandonar  
tambien á mi Margarita;  
esa hermana á quien adoro,  
porque es mi único tesoro  
en esta tierra bendita.

Huérfana, sola y aislada,  
al morir, niña inocente,  
mi madre con voz doliente  
me la dejó encomendada;  
y aun vaga triste en mi oído  
su voz que el mundo dejaba,  
como un rezo que espiraba,  
como un suspiro perdido.

De Margarita he guardado  
la tierna infancia, y la guerra  
me separa de esta tierra  
y me aleja de su lado.

SIEBEL.

Calma, Valentin, tu afán  
y tus pesares crueles,  
pues dejas amigos fieles  
que por ella velarán.

BRANDER.

Si.

ALMAYER.

Si.

VALENTIN.

Gracias, compañeros:  
gracias, Siebel: tu amistad  
compite con la lealtad  
de estos amigos sinceros.  
¡Mas qué diablos! La tristeza  
desechemos ante todo,  
y así hallaremos el modo  
de olvidar nuestra flaqueza.  
Y antes que darnos podamos  
el adios de despedida,  
venga un trago por mi vida.  
Bebamos todos.

Todos.

Bebamos.

## ESCENA IV.

*Dichos, MEFISTÓFELES y FAUSTO por el fondo.*

- MEFISTÓF. Debo, doctor, ante todo  
presentarte en sociedad.  
Verás cuan cómodamente  
el hombre puede pasar  
su vida: con cortas dosis  
de alcance intelectual,  
y mucho de desvergüenza  
y osadía, cada cual  
hacer virtud del engaño  
cómo pretende verás,  
burlándose para ello  
del amor, de la amistad,  
y de todo lo mas noble  
que hay en la tierra. Girar  
has de ver á cada uno  
en su círculo.... social,  
tras una cosa sin nombre,  
tras la vana realidad  
de un anhelado fantasma  
que no alcanzará jamás.
- BRANDER. Ved allí dos extranjeros.  
*(Reparando en Fausto y Mefistófeles.)*
- MEFISTÓF. Obsérvalos tú. *(Por el grupo de bebedores.)*  
Con tal  
que esté la cabeza fria  
y el huésped quiera fiar,  
viven contentos y alegres...  
¿Qué mayor felicidad..?
- FROSCH. ¡ Con cuánta atencion nos miran !
- BRANDER. Son viajeros.
- SIEBEL. Y á juzgar

por su altivez y su porte,  
ambos son de calidad.

FROSCH. Soy de tu misma opinion.  
¡Honor á nuestra ciudad  
que es un segundo París!

ALMAYER. Déjame hacer : ya verás  
como logro con un brindis  
desenmascararlos... ¡ ah !

*(Se dirige á ellos con una copa en la mano, pero retrocede ante la mirada infernal de Mefistófeles.)*

MEFISTÓF. Ja... ja... ja... los hombres nunca  
recelan de Satanás  
aunque pegado lo lleven  
á su cuerpo.

ALMAYER. *(¿Quién será?)*

MEFISTÓF. ¿Nos permitiréis sentarnos *(Á los bebedores.)*  
junto á vosotros, y ya  
que no bebamos buen vino,  
gocemos vuestra amistad?

VALENTIN. Sentaos, que es la Alemania  
tierra de hospitalidad.

MEFISTÓF. *(Sentándose. Fausto vaga por la escena: de cuando en cuando se acerca á la mesa.)*

Gracias, porque así podremos  
tranquilamente admirar  
esta magnífica bóveda  
de verdura.

FROSCH. ¿Sois quizá  
artistas?

MEFISTÓF. No : nuestros méritos  
son bastante escasos ; mas  
nuestra aficion á las artes,  
y con especialidad  
á ciertas artes, es mucha.

FROSCH. ¿Sois extranjeros?

MEFISTÓF. Cabal.

Extranjeros que viajamos  
solo por curiosidad.

BRANDER. ¿Y de qué tierra?

MEFISTÓF. De España.

ALMAYER. Soberbia tierra!

MEFISTÓF. Verdad.

FROSCH. Tierra del buen vino.

MEFISTÓF. Sí:

del buen vino, y además  
de romances y de cuentos.

VALENTIN. (Á Siebel.) ¡Qué huésped tan singular!

BRANDER. Pues vaya, contadnos algo.

MEFISTÓF. Estoy dispuesto á contar  
cuanto queráis.

BRANDER. Una historia,  
si no abusamos.

MEFISTÓF. No tal.

Solo aspiro á complaceros.

FROSCH. Venga, pues, una.

MEFISTÓF. Escuchad.

«Érase un rey que tenía  
una pulga...

BRANDER. Ja, ja, ja...

¡Una pulga!

MEFISTÓF. Á quien quería,

como si formara ya

parte de su monarquía.

Como que la pulga era

objeto del real cariño,

mandó el rey se la vistiera

rico traje en que luciera

la seda, el oro, el armiño.

Y para darle el derecho

de ostentar nobles blasones,

de la grandeza á despecho,

mandó adornaran su pecho

nobles condecoraciones.  
Vestida nuestra beldad  
por tan extraño registro,  
adquirió tal gravedad  
y tan necia vanidad.....  
que parecia un ministro.

Su familia, al ver el porte  
que ya se daba la bella,  
cual de su fortuna norte,  
siguió el ejemplo de ella  
y se estableció en la corte.  
Mas como apenas llegó,  
el reino de noche y día  
á rascarse comenzó,  
el pueblo se rebeló  
contra aquella tiranía.

Y entonces, para escarmiento  
de validos... chupadores,  
diéronla muerte al momento.  
¿Qué tal? ¿Comprendeis, señores,  
la moraleja del cuento?»

FROSCH. ¡Bravo, bravo! el primer día  
asi debieron obrar.

SIEBEL. Y suceder otro tanto  
á las infinitas que hay  
que mas que pulgas, son plagas  
que infestan la sociedad.

ALMAYER. ¡Viva el vino, compañeros!  
¡Viva el placer!

MEFISTÓF. Voto va!

De muy buena gana, un trago  
en honra á la libertad  
ahora echaria, si fuera  
mejor vuestro vino.

SIEBEL. ¡Bah!

No oseis repetirlo, amigo.

- MEFISTÓF. Si no lo tomara á mal el patron, les ofreciera (*Dirigiéndose á Fausto.*) un vaso, por Satanás, de nuestra bodega, á estos dignos compañeros.
- BRANDER. Ya podeis hacerlo.
- FROSCH. Si, si, venga el néctar singular que nos ofreceis, veremos si en franca sinceridad merece nuestros elogios.
- ALMAYER. Yo no decido jamás sino cuando estoy bebiendo.
- MEFISTÓF. Sí. Procurad un taladro, compañeros.
- BRANDER. ¿Un taladro? Voto á tal... ¿y de qué puede servirnos si aquí la cuba no está?
- FROSCH. (*Trayendo una cesta con herramientas.*) El huésped aquí ha dejado esta cesta. ¿Bastarán los útiles que contiene?
- MEFISTÓF. (*Tomando el taladro de manos de Frosh.*) Y sobran: decid, ¿de cuál vino quereis?
- FROSCH. ¿Tal surtido teneis á mano? Ja, ja...
- MEFISTÓF. Pida cada cual el suyo: aquel que le guste mas.
- ALMAYER. (*Á Frosh.*) Empiezas á relamerte.
- FROSCH. Es un caso singular. Me relamo: ¿por qué no?

Lo que fuere, ello dirá.

Yo pido vino del Rhin;

la santa patria, jamás

pudo producir lo malo.

MEFISTÓF. ¿Y vos? (Á *Brander*.)

BRANDER.

Yo quiero *champagne*,

espumante, fermentado;

es difícil renunciar

á productos extranjeros,

si ellos son buenos, y mas

si no están á nuestro alcance:

un verdadero aleman

odia la Francia, y con todo,

bebe con risueña faz

esos vinos delicados

que produce.

ALMAYER. (Á *Mefistófeles*.) Confesar

debo que los vinos secos

no me gustan: procurad

para mí un vaso del dulce.

MEFISTÓF. Para vos haré brotar

el *tokai*.

ALMAYER. Me place, amigo:

venga *tokai*.

VALENTIN. (Á *Mefistófeles*.) ¿Os burlais

de nosotros? ¿El juguete

de vuestra burla falaz

nos habeis hecho? Miradme

cara á cara, voto á san...

MEFISTÓF. Por cierto que es peligroso

tan árdua empresa intentar

con vosotros, y tambien

muy difícil. Decid cuál

es el vino que quereis

y al instante brotará.

VALENTIN. No me gusta vuestro vino. (Con repugnancia.)

MEFISTÓF. Peor para vos. Escuchad. (*Á los demás.*)

(*Haciendo raros gestos: los demás preparan los vasos y los acercan á los taladros que Mefistófeles ha estado haciendo en la mesa, durante el diálogo anterior.*)

La viña produce uvas,  
y cuernos tiene además  
el macho cabrío; es el vino  
un rocío sin igual,  
grato, seductor: la cepa  
dura como el bronce está.

¿Por qué, decidme, las tablas  
de esta mesa no han de dar  
perfumado y rico mosto?

Os juro, á fe de leal,  
que es bastante que mi vista  
lance su mirada audaz,  
para que el raro prodigio  
se produzca sin cesar.

Ahora, bebed, y bebed  
á vuestro antojo: acercad.

(*Saltan otros tantos surtidores de vino que reciben los bebedores en sus vasos.*)

FROSCH. ¡Qué asombro!

BRANDER. ¡Qué maravilla!

SIEBEL. (*Que no bebe, á Valentin.*)

Es una magia infernal.

(*Todos beben y al llevar los vasos á los labios se escapa de cada uno una ligera llama.*)

MEFISTÓF. (*Mirando la mano de Brander.*)

¡Qué pena me causa, amigo,  
ver en vos esa señal!

BRANDER. ¿Por qué?

MEFISTÓF. Porque es un presagio  
de vuestra suerte fatal:  
si acaso vais á la guerra  
de seguro os matarán.

SIEBEL. ¿Conoceis, pues, el destino?

MEFISTÓF. *(Tomándole la mano.)*

¡El destino! Mucho mas:  
hasta puedo aseguraros,  
por esta raya á juzgar,  
que si tocáis una flor  
marchita al suelo caerá.

SIEBEL. ¡Cielos!

MEFISTÓF. No tendreis mas flores  
que ofrecer en vuestro afan  
amoroso á Margarita.

VALENTIN. ¿Qué escucho? ¡Suerte fatal!  
¿Á mi hermana conoceis?

MEFISTÓF. Con mucho cuidado andad;  
tal vez conozca yo alguno  
que os pueda, jóven, matar. *(Se dirige á la mesa.)*  
¡Oh hermoso númen del vino!  
Danos de beber:

*(Vuelve á brotar el vino, llenan los vasos y beben.)*

jamás  
nos esquivéis los raudales  
de tu néctar celestial:  
voy á proponer un brindis  
que á fe que os ha de gustar.  
¡Brindo por la hermosa y tierna  
Margarita!

VALENTIN. Basta ya:  
fuera de aquí, miserable,  
si no, te arrepentirás  
del deseo de que muera  
quien de matarte es capaz.

*(Le arranca el vaso de las manos y vierte el líquido que al caer  
se convierte en una ligera llama.)*

SIEBEL. ¡Cielos!

MEFISTÓF. ¿Á qué ese temor?  
Siempre es bueno amenazar.

*(Siebel saca la espada: los demás y Mefistófeles hacen lo mismo: Mefistófeles traza con la punta de su espada un círculo alrededor de sí: los demás quieren lanzarse sobre él y se detienen como impelidos por una barrera insuperable: la espada de Valentin se hace pedazos.)*

VALENTIN. ¿Qué es esto? Rota en mis manos  
la espada encuentro!

MEFISTÓF. ¡Ja, ja..!

BRANDER. Ahora veremos si tienes  
el poder de Satanás.  
¡Abatamos el espíritu  
de las tinieblas!

VALENTIN. Quebrar  
mi espada tu acento pudo;  
pero tiembla, monstruo audaz:  
de tus demonios nos guarda  
esta cruz, contra la cual  
nada pueden los influjos  
del infierno.

*(Obligan á Mefistófeles á retroceder, presentándole todos las cruces de las espadas.)*

FROSCH. ¡Tente!

VALENTIN. ¡Atrás!

SIEBEL. ¡Ríndete!

BRANDER. ¡Humíllate!

ALMAYER. ¡Cede!

FROSCH. ¡Huye, espíritu infernal!

*(Salen por el fondo persiguiendo á Mefistófeles, en cuyo rostro se han de pintar el horror y la cólera que le domina.)*

## ESCENA V.

*FAUSTO que sale por el fondo, por donde se perdió al mediar la escena anterior.*

FAUSTO. ¡Oh imagen celestial de la que adoro,

que aquí en mi corazón tengo grabada !  
En tus alas de oro  
llévame, amor, á la region que habita  
el ángel de mi alma enamorada ;  
el sueño de mis sueños, Margarita.  
Desde que ví su espléndida hermosura,  
y adiviné en la luz de su mirada  
los tesoros de amor y de ternura  
que guarda en su alma pura  
aquella evocacion de mi deseo ;  
cuanto no es su recuerdo me da enojos ;  
que solo el corazón por ella alienta,  
y el casto fuego de su amor aumenta,  
al calor de la lumbre de sus ojos.

## ESCENA VI.

DICHOS y MEFISTÓFELES, *que se dirige á atravesar el teatro muy deprisa.*

MEFISTÓF. Luego te veré.

FAUSTO. Detente :  
escucha un momento.

MEFISTÓF. Acaba.  
¿Qué me quieres?

FAUSTO. Que me digas  
que ocurre.

MEFISTÓF. Por ahora nada.

FAUSTO. Hablemos de mis asuntos.

MEFISTÓF. ¿De tus asuntos? ¡Ya escampa!  
Doctor, ¿qué quieres de mí?

FAUSTO. ¿Por dónde empezamos? Habla.  
Es preciso que procures  
el llegar hasta mi amada.

MEFISTÓF. ¿Tu amada?

- FAUSTO.**                   Sí, Margarita.
- MEFISTÓF.**   Pues por ahora ten calma:  
                  ante el confesor obtiene  
                  la absolucion de sus faltas.  
                  En este instante, doctor,  
                  acabo de verla, gracias  
                  al poder que me permite  
                  multiplicarme; si basta  
                  á tranquilizar tu espíritu  
                  la verdad de mi palabra,  
                  bástete saber que es ella  
                  la imágen pura y exacta  
                  de la inocencia; que busca  
                  del confesor á las plantas,  
                  pesarosa, arrepentida,  
                  la absolucion de sus faltas;  
                  y en fin, que en vano me agito:  
                  mi poder á ella no alcanza.
- FAUSTO.**                   ¡Y es sin embargo mujer!
- MEFISTÓF.**   Como un tonto piensas y hablas;  
                  es decir, como otros muchos  
                  cuya presuncion es tanta,  
                  que nada saben, y creen  
                  que es merecida su fama,  
                  justo su nombre, y aspiran  
                  á honores, cruces y gracias.
- FAUSTO.**                   Deja tu sermon eterno;  
                  tanto discutir me cansa.  
                  Escucha mi voluntad  
                  y cúmplela sin tardanza.  
                  Si esta noche no me acercas  
                  á ese prodigio que encanta  
                  con su recuerdo mi vida,  
                  de tí me separo.
- MEFISTÓF.**                   Calma.  
                  Piensa ante todo en lo mucho

que hacer para eso me falta :  
necesito por lo menos  
quince dias, pues es calva  
la ocasion, y de un cabello  
nos es preciso agarrarla.

**FAUSTO.** Nada de eso á mí me importa :  
lo cierto es que ya me cansa  
tanta dilacion : por ella  
desgarrada siento el alma,  
que ella es mi vida, mi cielo ;  
que su recuerdo me mata ;  
que ángel sobre mí domina,  
y que demonio me arrastra.  
Llévame con tu poder  
á donde pueda las ansias  
del amor que me enloquece  
calmar un momento : basta  
al afan que me consume,  
fijar mi ardiente mirada  
en el lienzo que ha cubierto  
su seno de nieve y grana ;  
ver la cinta con que en vano  
intentó aumentar la magia  
de la radiante hermosura  
con que Dios quiso dotarla.

Atiende, escucha mi ruego ;  
llévame donde se halla !  
**MEFISTÓF.** Pues bien, cumplidos serán  
tus deseos ; pero escasa  
idea de mi poder  
no quiero ofrecerte : aguarda  
un momento, y verás como  
surge ante nosotros rápida  
á las dulces armonías  
de música alegre y grata.

## ESCENA VII.

*A una señal de Mefistófeles se oye un ligero preludio, y entran en la escena estudiantes, doncellas, aldeanos, soldados, y á su tiempo SIEBEL y MARGARITA. Los grupos vienen precedidos de individuos que tocan varios instrumentos. Se baila el wals al compás de la orquesta y del coro.*

CORO.

Como la brisa ligera  
viene dulce á susurrar  
y el espacio á despejar,  
así con loca alegría  
y con mágica armonía  
nuestra canción sonará.

MEFISTÓF.

*(Cuando acaban el baile y el canto.)*

Contempla cuanta hermosura  
con sus encantos nos brinda.  
¿Por qué en sus brazos, doctor,  
no buscas placer y dicha?

FAUSTO.

No profanes el recuerdo  
adorado de mi vida;  
no el dulce sueño sagrado  
turbes con tu calma fría.

SIEBEL.

*(Entrando en escena.)*

Hoy aquí, al fin mis ojos  
van á verte, Margarita!

*(Margarita aparece por la derecha en último término: algunas doncellas la rodean y la invitan á bailar; ella se excusa, y al marcharse por la izquierda, casi en primer término, encuentra á Fausto, que la habla.)*

DONC. 1.<sup>a</sup>

¿No quereis en nuestra fiesta  
tomar parte?

- MARGARITA. Amigas mías,  
no, dejadme: de mi hermano  
la triste suerte enemiga  
le hizo soldado, y por ello  
mi corazon se contrista.
- DONC. 1.<sup>a</sup> Tiene razon, compañeras.
- MEFISTÓF. (*A Fausto.*) Háblala, pues
- SIEBEL. (*Dirigiéndose á ella.*) ¡Margarita!
- MEFISTÓF. (*Que se vuelve y se encuentra cara á cara con Siebel, cerrándole el paso.*)  
¿Qué se ofrece?
- SIEBEL. (*Retrocediendo.*) Es muy extraño!  
Este hombre me fascina...
- MEFISTÓF. (*Con voz melosa.*) ¿Eres tú, querido mio?  
Ja, ja. (*Riendo: Siebel retrocede delante de Mefistófeles que le hace recorrer de este modo la escena hasta que desaparece tras las parejas de baile.*)
- FAUSTO. (*A Margarita.*) Hermosa señorita;  
¿me será dado ofreceros  
mi brazo y mi compañía?
- MARGARITA. Ni señorita ni hermosa  
soy, señor, ni me es precisa  
para llegar hasta casa  
la proteccion que me brinda.

(*Cruza por delante de Fausto y se aleja: este la contempla con emocion.*)

- FAUSTO. ¡Luz de mis ojos! Ante ellos  
cada vez mas pura y digna  
te muestras, y mas encantos  
en tí el corazon admira.
- MEFISTÓF. ¿Y bien, doctor, qué tenemos?
- FAUSTO. Me ha rechazado.
- MEFISTÓF. Su vista,  
su dulce voz, trastornaron

tu razon: lo presumia.

Ya veo que doblemente

la situacion se complica,

y que tu amor de mi auxilio,

de mi poder necesita.

Voy á buscarte una joya;

la prenda que tanto ansias,

y, que, cual ella merece,

será hermosa, bella y rica.

*(Se aleja con Fausto por el mismo sitio que salió Margarita: el canto y el baile se repiten y cae el telon.)*

## ACTO TERCERO.

Un jardín frondoso y pintoresco: al fondo un muro ruinoso que lo cierra, en el cual habrá una puerta: á la derecha, casi en primer término, un bosquecillo practicable: á la izquierda un pabellon con puerta y ventana, al cual se sube por una escalinata de poca altura que deberá estar adornada con macetas y multitud de flores. Estilo gótico puro.

### ESCENA PRIMERA.

SIEBEL, *que entra por la puerta del muro y se dirige al pabellon hasta llegar al pié de la escalinata.*

SIEBEL. ¡Salve, casta morada! *(Música.)*  
de Margarita,  
entre cuyas paredes  
mi alma anida!  
Dile á mi ángel,  
que por ella abrasado  
mi pecho late.  
Flores, preciosas galas  
de estos verjeles,  
que perfumes suaves  
dais al ambiente,  
decidla cuanto  
amor en mi alma vírgen  
para ella guardo.

El dolor que me aqueja  
decidla todas,  
azucenas, jazmines,  
lirios y rosas;  
de amor habladle,  
que ella es flor, y comprende  
vuestro lenguaje.

Al eco religioso  
de una plegaria,  
su amor bajó del cielo  
á herir mi alma;  
y desde entonces  
llora triste y enferma  
de mal de amores.

Brisas que, entre las hojas  
de esta enramada,  
murmurando canciones  
batis las alas,  
hasta su oído

llevad los tristes ecos  
de mis suspiros.  
(Coge algunas flores, que se marchitan al tocarlas.)

Decidla, flores bellas,  
cuánto la amo...!

¡Ay de mí, que al tocarlas  
se han marchitado!

¡Bien lo predijo  
aquel torvo y funesto  
brujo maldito!

¿Sois quizás el emblema  
de mi esperanza,  
que se disipa cuando  
voy á tocarla?

El de estas flores,  
¿será el fin prematuro  
de mis amores?

*(Después de reflexionar un instante.)*

Denme las santas aguas

de aquella pila,

donde baña sus dedos

mi Margarita,

poder divino

que piadoso me libre

de maleficios. *(Música.)*

*(Se aproxima á la casa y baña su mano en una pila que está pegada al muro.)*

Lave el agua bendita

mi impura mano

del infernal conjuro. *(Coge una flor.)*

¿Se ha marchitado?

¡No! ¡No! ¡Dios mío!

Al fin se ve á mis plantas

Satan vencido!

*(Declamando al mismo tiempo que coge las flores.)*

Castá rosa, azucena,

rojos claveles,

decidla que me mata

con sus desdenes.

Lirio modesto

dila tú que se apiade

de mi tormento.

Y si mis ilusiones

deshace impía,

dila que, aunque me quite

la triste vida

con la esperanza,

ni en la tumba dormido

podré olvidarla!

*(Desaparece entre la frondosidad del jardín: al mismo tiempo ábrese la puerta del fondo y entran cautelosamente Fausto y Mefistófeles.)*

## ESCENA II.

FAUSTO y MEFISTÓFELES.

FAUSTO. ¿Llegamos ya?

MEFISTÓF. Al fin tu planta

pisa la mansion serena

donde han de ser realidades

tus fantásticas quimeras.

Vé, doctor, la tarde avanza.

Esta frondosa alameda,

estas brisas que susurran,

esas aves que gorjean,

estas flores que se mecen

al soplo del aura inquieta,

la soledad misteriosa

que en estos lugares reina,

y cierto vago perfume

de juventud y belleza,

que embriagando los sentidos

de ternura el alma llenan,

¿no te indican que aquí damos

principio á nuestra novela?

FAUSTO. ¡Siempre el sarcasmo en tu boca!

MEFISTÓF. Y en la tuya la soberbia

ridícula vanidad,

sinónimo de tu ciencia!

FAUSTO. ¿Qué miras hácia ese lado?

MEFISTÓF. Te preparo una sorpresa.

¿Ves? *(Señala al lado por donde desapareció Siebel.)*

FAUSTO. ¡Es Siebel!

MEFISTÓF. Tu rival.

FAUSTO. ¡Le mataré!

MEFISTÓF. Necio, entra.

*(Empújale hácia el bosquecillo y entra con él.)*

### ESCENA III.

DICHOS y SIEBEL, *con un ramo de flores.*

SIEBEL. Sed de mi amor, lindas flores,  
cariñosas mensajeras.

FAUSTO. ¡Ah! no; antes....

MEFISTÓF. ¿Tienes celos?

SIEBEL. Mañana cuando esta puerta  
abra, decidla vosotras,  
que sois purísima ofrenda  
de un corazon que en sus aras  
con fuego de amor se quema.

*(Cuelga el ramo en la puerta del pabellon, y váse por el fondo.)*

### ESCENA IV.

FAUSTO y MEFISTÓFELES.

MEFISTÓF. *(Deteniendo á Fausto, que quiere seguir á Siebel.)*  
Tente.

FAUSTO. Mi espada castigue  
la temeraria insolencia  
del necio galanteador  
que audaz hasta aquí penetra.  
Despues yo sabré hacer polvo  
con mis piés la pura ofrenda  
de su amor.

MEFISTÓF. ¿Perdiste el juicio?

FAUSTO. Ese ramo....

MEFISTÓF. ¡Bah! Ahí le deja.

Para que haga compañía  
á las flores de un poeta,

de ese discípulo tuyo,  
que vive de lo que sueña,  
voy á buscar un tesoro  
de una virtud más completa.  
En vez del perfume suave,  
en vez de las tintas bellas  
que esas flores á la vista  
en rico conjunto ostentan,  
yo traeré el brillo del oro  
que en mil cambiantes refleja,  
descomponiendo la luz  
con deslumbrante elocuencia.  
El carbonado diamante,  
con sus múltiples facetas;  
la linda esmeralda, verde  
cual tu esperanza halagüeña,  
y corales y rubíes,  
y puras y blancas perlas;  
y el estridente ruido  
que al chocar muevan las piedras,  
y los metales preciados,  
la armonía placentera,  
el himno será que ensalce  
el poder de la riqueza.  
¡El triunfo es nuestro, doctor!

FAUSTO. Ese cinismo me aterra.

MEFISTÓF. ¡Así es el hombre! predica  
la virtud con voz austera;  
maldice el vicio, le odia,  
contra él fulmina anatemas...  
é hipócrita al mismo tiempo  
en sus deleites se anega.  
Caro doctor, vuelvo pronto.

FAUSTO. Aquí te espero.

MEFISTÓF. Aquí espera.

*(Sale por el fondo.)*

ESCENA V.

FAUSTO.

¡Casta mansion donde el amor anida;  
en este asilo de tranquila calma,  
dulces ideas las borrascas duras

templan del alma!

¡Cómo en el pecho, de vivir cansado,  
vital instinto con tus auras prendes,  
y el fuego celestial de amor sublime,

mágico enciendes!

¡Oh Margarita! de tus labios rojos  
déjame respirar el grato aroma,  
y oír tu voz, mas dulce que el arrullo  
de la paloma.

Sed de tu amor ansiado me devora  
el pobre corazón roto y deshecho;  
y la luz que en tus ojos resplandece

arde en mi pecho.

Hermosa niña de la casta frente,  
imágen del candor, flor delicada;

más hermosa te finge mi deseo  
enamorada;

que el corazón que vive sin amores,  
es noche sin misterio, oscuro día,  
arroyo sin orillas ni corriente,

planta sombría.

Por eso el alma ardiente se consume  
buscando de tus ojos la luz pura;  
que es el amor la ciencia misteriosa

de la hermosura.

ESCENA VI.

FAUSTO y MEFISTÓFELES, *que entra por el fondo con una elegante y rica caja debajo del brazo.*

MEFISTÓF. No te habrás impacientado,  
sabio doctor, por mi vuelta.  
(*Abre el estuche, y le enseña joyas riquísimas.*)

Dé estas espléndidas joyas  
el rico valor contempla:  
No son flores que espontáneas  
nos da la naturaleza,  
ni lucen tintas brillantes  
ni exhalan suaves esencias;  
pero apuesto mi corona  
infernál, á que más bellas  
han de ser para tu amada,  
que cuantas la primavera  
vierte con mano fecunda  
en prados, montes y selvas.

FAUSTO. Ah! no... huyamos: de ese modo,  
no puedo, no quiero verla.

MEFISTÓF. ¿Qué temor te asalta ahora?

FAUSTO. Que mi razón se revela  
contra esa infame acechanza

que la virtud pone á prueba.

MEFISTÓF. Es por tu bien.

FAUSTO. Lo rechazo.

MEFISTÓF. Por tu amor.

FAUSTO. Mi amor vencerla  
logrará.

MEFISTÓF. Presunción vana: es el amor  
que amor en estas empresas,  
si es mucho las perjudica,  
y en cortas dosis se emplea.

*(Coloca la caja en el umbral del pabellon de Margarita.)*

Déjame hacer. Ya la caja  
en sitio seguro queda.

Ven, y verás si prefiere  
flores ó joyas tu bella. *(Música.)*

*(Fausto y Mefistófeles desaparecen por el jardin. Margarita entra por el fondo con un libro en la mano, y se acerca al proscenio pausadamente y en ademan reflexivo.)*

## ESCENA VII.

MARGARITA.

Desde que mis ojos  
sus ojos hallaron  
y sus tristes frases  
en mí resonaron,  
se agita en mi pecho  
misterioso afán.  
Es irresistible  
su mirada altiva;  
su plácido acento  
encanta y cautiva;  
gallardo es su porte.  
¿Quién será el galán?  
Al llegar á hablarme,  
sentí, fascinada,  
brotar de improviso  
del alma extasiada,  
no sé qué deseo,  
qué vaga inquietud,  
qué vanos temores,  
qué presentimiento,  
que mi ser conmueve,

qué en mi pensamiento  
despierta sospechas  
contra mi virtud. *(Música.)*

*(Después de una pausa, se sienta y lee.)*

«Érase un rey, cuya gloria  
se cifró en guardar constante

el recuerdo de su amante

siempre fiel en la memoria.

Su amada, dice la historia,

dióle de oro cincelado

una copa; con sagrado

cariño miró esta ofrenda,

que era como dulce prenda

de aquel recuerdo adorado.»

*(Interrumpe la lectura, y declama.)*

Y en su frente altiva,

resaltaba el sello

de la inteligencia;

su rostro era bello....

aun escucho el timbre

de su dulce voz. *(Música.)*

*(Vuelve á leer.)*

«Y nadie amó como él;

que cuando la copa usaba,

de lágrimas la llenaba,

lágrimas de amarga hiel.

De amor al recuerdo fiel,

sintió que extraña dolencia

agotando su existencia

al sepulcro le atraía;

y en su lecho de agonía

quiso ostentar su clemencia.»

*(Interrompese de nuevo, y declama.)*

Sus tiernas palabras,

¿por qué estremecieron

mi ser apenado?

¿Cómo es que encendieron  
con rojos colores  
mi faz de rubor? (Música.)

(Vuelve á leer.)

«El rey á su hijo llamó  
á la paternal morada,  
y, la corte congregada,  
reino y consejos le dió.

Triste festin celebró  
en señal de despedida:

en él la copa querida

brilló, mas de infausta suerte;

que se hizo polvo de muerte

al dejar el rey la vida.

De amar el rey tuvo (Declama.)

extraña manera;

tambien ser amada

así yo quisiera,

que es al alma grato  
tan constante amor.

¡Amor...! Tengo miedo;

que aquí abandonada,

tal vez me persiga

do quier la mirada

tenaz é insistente

del galanteador.

Ausente mi hermano,

mi madre en el cielo;

¿quién ha de prestarme

ayuda y consuelo?

Triste, niña y sola,

¿qué será de mí?

¿Qué flores son estas?

Con su lengua muda

de amor me requieren:

es Siebel, no hay duda;

él solo en mi piensa ;  
él las puso aquí.  
¿Qué es esto ? Una caja.  
¡Qué linda...! No acierto  
quien en tal paraje  
la olvidó...! Por cierto  
que es extraño... Y tiene  
su llave, si... Ah!

*(Muestra gran sorpresa al ver el cofrecillo. Cógelo, después de una ligera vacilación, dejando caer el ramo, y al abrirlo, lanza un grito de sorpresa.)*

¡Magníficas joyas!  
¡Qué puros diamantes!  
Cual la luz reflejan  
en ricos cambiantes!  
Nunca vi un tesoro  
de riqueza igual!  
Si yo me atreviera ...

*(Coloca el cofrecillo, que tendrá un espejo en la cubierta, sobre un banco, y se arrodilla para ponerse las joyas.)*

Pendientes, collares,  
cadenas, anillos,  
perlas á millares!  
Veamos.

*(Se pone unos pendientes y se mira al espejo.)*

¡Dios mío!  
esa no eres tú,  
Margarita! ¿Cómo  
te embellecen tanto  
estas ricas galas?  
¿Qué mágico encanto  
da de estos diamantes  
la espléndida luz?  
¿Eres tú la misma?  
¿No serás ahora  
de un pueblo encantado

MARTHA. la reina y señora?  
MÉRISTOR. ¡Salud á la reina!  
Desde ¡Si me viera él...!  
(Ha seguido adornándose con las joyas hasta la conclusion del monólogo. Martha entra sin ser vista de Margarita.)

## ESCENA VIII.

MARGARITA y MARTHA.

MARTHA. ¡Cielos! qué veo?

MARGARITA. ¡Ah!  
(Queriendo ocultar las joyas con las manos.)

MARTHA. ¿Qué gran riqueza  
adorna vuestra frente,  
haciendo resaltar vuestra belleza?  
¿Quién os dió tales joyas?

MARGARITA. Olvidadas  
aquí alguno sin duda  
las dejó por azar, y yo, imprudente,  
sin mirar mi humildad y mi pobreza,  
de loca vanidad en un momento,  
me adorné con su luz resplandeciente.

MARTHA. Fué un capricho no mas, y me arrepiento.  
¿Y por qué arrepentiros, señorita?  
Vos sois digna de joyas tan preciadas.

MARTHA. Y si alguno, inocente Margarita,  
el corazon rindió á vuestras miradas,  
pueden ser esas joyas que os deslumbran,  
ofrendas de un amante delicadas.

MARGARITA. ¿De un amante decís?

MARTHA. Así lo creo.  
¿Quién, si no, cariñoso,  
pudiera prevenir vuestro deseo?  
Nunca tan generoso  
conmigo se mostró mi ausente esposo.

ESCENA IX.

DICHAS, FAUSTO y MEFISTÓFELES.

(*Este entra el primero, haciendo reverencias exageradas.*)

- MEFISTÓF. La señora Schvrerein....
- MARTHA. ¿Qué se os ofrece?
- MEFISTÓF. Perdonad si, atrevido,  
por la impaciencia y el deber guiado,  
hasta aquí por buscaros he venido.  
(Caro doctor, observa con cuidado  
como el regalo fué bien acogido.)  
Martha os llamais?
- MARTHA. Si tal, y sin reserva  
podeis hablar.
- MEFISTÓF. Lo haré, aunque la noticia  
no es agradable.
- MARGARITA. (¡Cielos!)
- (*Conociendo á Fausto y apresurándose á quitarse las joyas que  
coloca otra vez en el estuche.*)
- MARTHA. Vamos ¿qué pasa?
- MEFISTÓF. Vuestro esposo ha muerto,  
y os envia memorias.
- MARTHA. ¡Ay! ¿Es cierto?
- MEFISTÓF. ¡Oh, sí!
- MARTHA. Tremendo golpe!
- MARGARITA. (Cómo late  
al verle el corazon apresurado!)
- FAUSTO. (Cómo el ardiente fuego del deseo  
desaparece rápido á su lado!)
- MARTHA. Memorias nada mas...!
- MEFISTÓF. ¿Y vos la suya  
pensais guardar?

MARTHA. ¡Oh esposo idolatrado!

MEFISTÓF. Buscad quien sus cuidados sustituya.

*(Desde este momento debe ya hacerse notar por los actores la fascinación que Fausto ejerce sobre Margarita, y la mas marcada de Mefistófeles sobre Martha.)*

MARTHA. ¿Otro esposo, señor?

MEFISTÓF. Yo así lo creo.

MARGARITA. ¿Quién al veros tan.... bella, no os daría satisfecho las prendas de Himeneo?

FAUSTO. ¿Por qué, señora mia, *(A Margarita.)* desdeñais de esas joyas la luz pura, si aun es menos brillante que la dulce que irradia

MARGARITA. con mágico esplendor vuestra hermosura?

MARGARITA. De esas joyas el brillo refulgente no es, señor, para mí, pobre doncella: ni sientan bien en la modesta frente que implacable el dolor oprime y sella.

MEFISTÓF. Casi, casi el amor siento en el alma.

MARTHA. Dejad vuestra querella; que es mentir grave mal, señor viajero.

MEFISTÓF. No miente quien perdió su dulce calma, y lo dice con fe y labio sincero. Apoyaos. *(Ofreciéndole el brazo.)*

MARTHA. *(Es este caballero)* *(Aceptando.)* gallardo y de simpática figura.)

FAUSTO. ¿No aceptáis, pues, mi brazo?

MARGARITA. No.

FAUSTO. Os lo ruego.

MEFISTÓF. *(La pareja está ya un poco madura.)* *(Margarita se coge del brazo de Fausto y se aleja con él por el jardín.)*

MARTHA. ¿Y qué haceis vos, viajais?

MEFISTÓF. Busco en el cambio de climas y costumbres y naciones ancho campo al estudio

del hombre y sus pasiones.

Tambien necesidad á ello me obliga.

MARTHA. Triste es la suerte y dura

del que en climas remotos,

sin patria, sin hogar ni mano amiga

que le ayude en la senda trabajosa

(*Esta es la senda*) de la vida, renuncia á la ternura

que da el cariño de la amante esposa.

MEFISTÓF. Yo tambien así pienso, y me acobarda

el porvenir que en la vejez que llega,

á mi existencia borrascosa aguarda.

MARTHA. Pues bien, pensad en ello, no conviene

retardar la eleccion: el tiempo es oro.

MEFISTÓF. Graves peligros el asunto tiene....

Mas si hallase.... cual vos, rico tesoro

de virtud y de amor....

MARTHA. (*Desaparecen por un lado. Margarita y Fausto*

*aparecen por el opuesto.*)

FAUSTO. ¿Siempre estais sola

de este recinto en el verjel ameno?

MARGARITA. Siempre sola, señor: mi pobre hermano

pelea por su patria como bueno;

mi madre ya no existe, é inhumana

suerte cruel, me arrebató implacable

el fraternal cariño de una hermana.

Era un ángel de Dios. Huérfana y triste

quedó en la infancia, y en edad tan tierna,

fui para ella madre cariñosa;

que quizá presentia

que aquella flor, como temprana rosa,

á la que el cierzo helado

mata al nacer, tan solo viviria

al calor de mi amor y mi cuidado

de su inocente infancia el breve dia.

Y á pesar de mi celo,

de mi incesante afan y mis caricias,

dejóme sin consuelo,  
y en mis brazos murió: ya está en el cielo.  
FAUSTO. Si vuestras gracias otorgarle quiso,  
no tendrá entre sus coros celestiales  
un ángel mas hermoso el paraíso.  
No bañe tus mejillas virginales  
encendido el rubor... Mi alma te adora!

MARGARITA. Vos os burlais de mí...!

FAUSTO. ¿Burlarme puedo,  
si toda la ternura que atesora  
mi ser, por ti palpita?  
El que loco de amor piedad implora,  
no comprende la burla, Margarita!

MARGARITA. Yo no debo escucharos,  
ni estar aquí mas tiempo.

FAUSTO. Sí, amor mio;  
y en estas horas de misterio y calma,  
de grata soledad y arrobamiento,  
como va sentirás á ti mi alma;  
como torna hácia mi tu pensamiento.

(Éntranse en el bosquecillo: Mefistófeles y Martha  
aparecen en el opuesto lado.)

MARTHA. Parece que estais triste y silencioso.

MEFISTÓF. Razon tengo.

MARTHA. ¿Os burlais?

MEFISTÓF. No, por mi vida;  
guardaréme muy bien bella matrona.  
¿Mi franqueza leal mi amor no abona?  
¿Dudais de mi ternura,  
teniendo vos tan... clásica hermosura?  
(Empieza á oscurecer.)

FAUSTO. ¡Alma mia! (Besándola una mano.)

MARGARITA. No mas. (Desaparece entre el ramaje.)

FAUSTO. Y me abandona.

(Corre en su busca desapareciendo tambien entre el ramaje.—)

*Martha disgustada por las palabras de Mefistófeles, le vuelve la espalda.)*

MEFISTÓF. ¿Y te atreves, cruel, á rechazarme...?  
Adios...! *(Ocúltase en el bosquecillo.)*

MARTHA. Se vá...! Señor...! *(Corre detrás de él.)*

MEFISTÓF. *(Oculto.)* *(Ven á buscarme.*  
Esta vieja hechicera  
se casaría con el mismo diablo,  
si el diablo la quisiera.)

FAUSTO. Margarita...! *(Dentro.)*

MARTHA. Señor...! *(Llamando á Mefistófeles.)*

## ESCENA X.

DICHOS y SIEBEL.

SIEBEL. *(Entra por la puerta del fondo.)* Cruel zozobra  
venció mi timidez y quiero hablarla.

MARTHA. Es él...? Sí; me parece que le veo....

MEFISTÓF. *(Lo que engaña el deseo!)*

MARTHA. Señor. \*  
*(Equivocando á Siebel con Mefistófeles y cogiéndole de una mano.)*

SIEBEL. Es Martha! *(Reconociéndola.)*

MARTHA. Siebel! ¿Á tal hora,  
qué haceis en este sitio? Sed mi guia.  
*(Habrá salido?)*

SIEBEL. Mas si ver pudiera...!

MARTHA. Imposible.... Marchad.

SIEBEL. Fortuna impia!  
Venir por Margarita, y los reproches  
de esta vieja sufrir...!

MARTHA. Id...  
*(Desapareciendo con Siebel por el fondo.)*

MEFISTÓF. *(Cerrando la puerta.)* Buenas noches.

## ESCENA XI.

MEFISTÓFELES.

¡Venturosos amantes! Protegidos (*Música.*)

por el oscuro manto  
de la sombra tranquila y solitaria,  
embriagados de amor al dulce encanto,  
por su pasión dichosa,  
el universo olvidan.

No turbemos su paz. ¡Oh noche, tiende  
tu pabellón oscuro

sobre los dos, y aleja de su alma  
el temor, al poder de mi conjuro!

Vierte en su corazón la dulce calma  
que de placer embriaga los sentidos!

Y vosotras, ¡oh flores!  
desplegad vuestros cálices dormidos

al contacto maldito de mi mano,  
y la fragancia pura

que vuestras hojas guardan escondida,  
caiga como una lluvia perfumada

sobre la fiel pareja enamorada.

Toque por vuestro influjo

á término fatal la obra maldita,

y el insensato fuego del deseo

en el pecho encended de Margarita!

(*Desaparece en las sombras del bosquecillo.*)

## ESCENA XII.

FAUSTO y MARGARITA.

MARGARITA. Ya la luna á través de la espesura  
sus rayos manda á las pintadas flores,

Martha disgustada. y sus cantos dulcísimos de amores repiten con voz pura en el bosque los pardos ruisenñores. Se aproxima la hora.

FAUSTO. ¡ Ah ! Un momento

deja estrechar tu mano entre la mía ;  
deja que escuche tu tranquilo acento ;  
vibrante de armonia ;

FAUSTO. déjame contemplar tu rostro hermoso  
á la pálida luz de las estrellas ;

MARTHA. cuyos blancos fulgores,  
al descender del cielo ,

dan á tu frente aureola luminosa ,  
cubren tu faz con nacarado velo.

Debajo de esta bóveda gigante  
brilla mas tu mirada ,

SIEBEL. envuelta de la noche entre las brumas ,  
y es tu voz palpitante ,

MARTHA. sonora , enamorada ,  
como el blando rumor de la cascada

MERISTOR. que entre peñascos rompe sus espumas !  
MARTHA. Déjame todavía

( Equivocándose. ) abismarme en tu ser , beber tu aliento ,  
SIEBEL. abrasarme en la lumbre de tus ojos

MARTHA. y loco adivinar tu pensamiento.

MARGARITA. Oh ! callad ! ¿ Qué veneno misterioso  
hay en vuestras palabras ,

SIEBEL. que hace brotar del alma dolorida  
MARTHA. no sé que sentimiento

SIEBEL. que turba mi razon , mi ser conmueve ,  
y en éxtasis dulcísimo arrobado

MARTHA. ni á palpar el corazon se atreve ?  
Ah ! dejadme !

FAUSTO. ¿ Qué hace ?  
MARGARITA. ( Cogiendo una margarita. ) De las flores  
quiero saber la predicción segura

Me ama; no; me ama; no: ¡me ama!  
(Cada vez arranca una hoja, y acaba de deshojar la  
flor con la última palabra.)  
¡Al fin venció el amor!

FAUSTO. ¡Y mi ternura!

Verdad habló esa flor: ella la llama  
te dice que consume el pecho mío  
y en santo amor le inflama:  
ella enciende en el alma ardor ferviente.  
Ya me crees ¿verdad? Sí, que tu frente  
colora el rayo puro  
del casto amor primero.... Yo te juro  
amarte eternamente;  
por tí sola vivir, morir contigo.

MARGARITA. Ah! dejadme, no mas...!

FAUSTO. ¡Yo te bendigo,  
noche feliz de amores!

Yo bendigo tus sombras misteriosas  
que el astro refulgente  
envuelve con ligeros resplandores!

Oh! cuán bello es soñar, amada mía,  
de esa tranquila luz al tibio rayo,  
horas de melancólica poesía!

Y al fulgor de esos astros, polvos de oro  
que flotan en el cóncavo vacío,

¡cuán dulce es escuchar un «yo te adoro»  
del labio perfumado  
que en promesas de amor guarda un tesoro!

MARGARITA. Y sentir palpitante

el violento latir duro y cortado  
del corazón amante:

y en placer ignorado

y en febril desvarío,

de la dicha inmortal breves trasuntos,  
juntos siempre vivir y morir juntos!

FAUSTO. Margarita! amor mío!

MARGARITA. Vete, déjame ya!

FAUSTO. ¡Cruel, me matas,  
y me alejas de tí!

MARGARITA. ¿Piedad á voces

FAUSTO. no te pide mi amor? Déjame, huye,  
y el pobre corazon no me destróces!

FAUSTO. ¿Y mi pasion? ¿Y mi perdida calma?  
¿Y te he de abandonar?

MARGARITA. (*Arrodillándose á los piés de Fausto.*)  
Oye mi ruego:

ten piedad de mi alma;

y si es tan grande de tu amor el fuego,

¡en nombre de ese amor yo te lo exijo!

(*Momento de pausa. Fausto levanta á Margarita.*)

FAUSTO. ¿Quiéres que te abandone? Pues bien, sea,  
ángel de castidad: pero mañana....

MARGARITA. Mañana.... sí; cuando la nueva aurora  
sus alas tienda, ajeno de cuidado,  
te esperará, latiendo de impaciencia,  
mi ardiente corazon enamorado!

(*Corre hácia el pabellon, se detiene en el umbral y manda un beso á Fausto.*)

¡Adios! (*Entra en el pabellon.*)

FAUSTO. ¡Adios, felicidad suprema!

### ESCENA XIII.

FAUSTO, MEFISTÓFELES y despues MARGARITA en la ventana.

MEFISTÓF. ¡Sublime estupidez!

(*Poniendo una mano sobre el hombro de Fausto.*)

FAUSTO. ¿Nos escuchabas?

MEFISTÓF. Y lo siento, á fe mia;  
que nunca ví torpeza semejante,  
ni á tanta bizarria,

tal timidez unida en un amante.

FAUSTO. Oh! calla. (Música.)

MEFISTÓF. Buen doctor, escucha ahora

lo que á los astros dice

la que con tanta fe tu pecho adora.

(Margarita abre la ventana y se apoya en ella con la cabeza entre las manos. Un rayo de luna da de lleno en la ventana.)

MARGARITA. Sí, me ama, me ama.... y me enajena

este amor de los cielos descendido,

que de inmenso placer mi pecho llena!

Con su canto las aves,

con su murmullo el viento,

naturaleza entera me responde

con su vibrante acento,

«¡te ama, te ama!» y el alma estremecida  
despierta á nuevo ser y nueva vida. (Pausa.)

¡Oh, cuán dulce es amar! Piadoso el cielo,

quiso premiar con celestial ventura

mis largos dias de tristeza y duelo,

y dió á mi pecho esta pasión bendita! (Pausa.)

Apresura tu paso ¡oh, nueva aurora!

¡Vuelve, tesoro mío!

FAUSTO. ¡Ah! Margarita!

(Fausto se lanza á la ventana y coge las manos de Margarita. Esta arroja un grito, permanece un momento confusa, y deja caer la cabeza sobre el hombro de Fausto. Mefistófeles se dirige á la puerta del jardín, y lanza una estridente carcajada, señalando á la ventana, donde se destaca el tierno cuadro de los dos amantes abrazados y envueltos en la atmósfera luminosa de un rayo de luna.)

## ACTO CUARTO.

Habitacion de Margarita: á la izquierda, en primer término, un reclinatorio donde estará pintada una Dolorosa.

### ESCENA PRIMERA.

MARGARITA *hilando al torno.*

¡Qué soledad tan triste!

¡Cuánto padezco!

en vano en la esperanza;

buscó consuelo;

que solo hallo

la realidad tremenda

del desengaño.

¡Ayer era dichosa!

con alegría,

envidiada de todos

fué Margarita....

sus compañeras,

con afán la buscaban....

¡hoy huyen de ella!

Sin piedad, de la huérfana

que no ha podido

resistir la influencia

de su destino,  
el alma hieren....  
que el alma no se explica  
lo que no siente.

Mas no basta un terrible  
suplicio lento,  
nó: que tortura amarga  
daña mi pecho,  
porque el ingrato  
por quien tanto he sufrido  
ya me ha olvidado.

Impaciente le espera  
la pobre niña,  
que fué el amor, la gloria  
para él un día....  
en vano ansío  
que su amoroso acento  
llegue á mi oído.

En vano la esperanza  
fugaz, ligera,  
brillando ante los ojos  
mi vista ciega;  
que el pensamiento  
se envuelve entre las sombras  
del desconsuelo.

En copiosos raudales,  
tristes, amargas,  
hasta mis ojos suben  
ardientes lágrimas;  
mas se detienen  
y ahogadas en suspiros  
al alma vuelven.

*(Ha dejado de hilar y se dirige al reclinatorio donde se arrodilla.)*

Madre amante y dolorosa, *(Música.)*  
cuyo corazon herido

contempló al Hijo querido  
en una cruz afrentosa:  
Madre tierna y angustiosa,  
que apuraste la agonía  
de la suerte mas impía  
que cupo al materno amor,  
duélete de mi dolor,  
y ampárame, Madre mia!

Tan solo tú, Virgen pura,  
comprender puedes mi duelo,  
y el irresistible anhelo  
que mi corazon tortura.  
Nada logra mi amargura  
en este mundo calmar;  
si mi delito fué amar,  
Dios por el hombre murió,  
por él su sangre vertió,  
por él se dejó matar.

Tan sublime sacrificio,  
de su amor símbolo santo,  
al corazon pone espanto  
divinizando el suplicio;  
y al ofrecerse propicio  
para redimir al mundo,  
quiso de su amor profundo,  
sempiterno, inagotable,  
á su hechura deleznable  
dar un ejemplo fecundo.

Do quier mi vista turbada  
se dirige, dolor hallo:  
con mi conciencia batallo  
en lucha desesperada:  
solamente tu mirada  
calmar puede mis dolores:  
Madre, amor de los amores,  
Virgen santa, pura esencia,

un rayo de tu clemencia  
temple del mal los rigores.

Madre fuiste: madre he sido;

de esposas fuiste modelo:

yo de esposa honrada anhelo

el renombre bendecido.

De mi corazon herido

amor ardiente rebosa;

acógeme bondadosa,

rogando al Eterno Padre;

¡Bendíceme como madre,

y ampárame como esposa!

*(Deja caer la cabeza sobre el pecho y llora: Siebel entra y se acerca á ella lentamente.)*

## ESCENA II.

MARGARITA y SIEBEL.

SIEBEL. ¡Margarita!

MARGARITA. ¿Quién es?

SIEBEL. Tranquilizaos.

MARGARITA. ¡Oh! fiel amigo.

SIEBEL. Esas ardientes lágrimas,  
publican el terrible sufrimiento  
que vuestro herido corazon desgarró.

MARGARITA. Lágrimas, sí: llorar es mi destino.

SIEBEL. ¿No habrá remedio á las mortales ansias  
que os devoran?

MARGARITA. Ninguno. De mi culpa  
esta es la expiación: debo aceptarla.

SIEBEL. El fraternal cariño que os consagro,  
templa el rigor de vuestra suerte aciaga.

Aceptad la amistad pura, inmutable  
que os brinda un alma decidida y franca.

MARGARITA. ¡Ay de mí triste y sin ventura! Siebel,  
el único sois vos que no me trata  
con despego cruel, y dulce bálsamo  
para mi pecho son vuestras palabras.

SIEBEL. ¿Cómo no, cuando en vos tan solo miro  
la víctima inocente y desgraciada  
de un hombre vil, de un seductor perjuro...!

MARGARITA. Callad, Siebel, callad!

SIEBEL. El fué la causa  
del pesar que os consume, de ese llanto  
que vuestros ojos sin cesar derraman!  
¡Oh, inicuo, tiembla! Del nefando crimen  
el cielo me encomienda la venganza!  
Débil y niño soy; mas, qué me importa?  
Me sobra corazon y cino espada.

MARGARITA. ¿Qué decís...? ¿Qué decís...?

SIEBEL. Que daré muerte  
al pérfido, al infame que os ultraja.

MARGARITA. ¡Ah! nó, nó, ¡por piedad!

SIEBEL. Le amais acaso?

MARGARITA. ¿Qué si le amo decís? Mas que á mi alma.  
Si comprender pudiérais, pobre Siebel,  
la fuerza irresistible que me lanza  
en su camino.... su recuerdo solo  
estremece las fibras de mi alma!  
Él halagó mi virgen pensamiento  
con ilusiones de oro. En su mirada  
torrentes de pasión inagotable,  
de locura ¡ay de mí! bebí con ansia;  
su amor era mi amor; era su vida  
mi vida, mi placer, mis esperanzas,  
y, sin fuerzas, rendida al dulce halago  
de tanta seducción, caí á sus plantas.  
Él es, Siebel, el padre de mi hijo....  
de mi hijo.... ¿lo oís? ¿Por qué os extraña,  
que piense en el que á mí ligarse pudo

con el mas tierno vínculo del alma?

SIEBEL. Pero él os abandona, Margarita,  
y se aleja de vos porque no os ama...!

MARGARITA. Es verdad! Mas ¿qué importan su abandono  
y su olvido? Yo le amo como el agua  
del arroyo al Océano que la absorbe:  
como la mariposa á la luz clara  
que la atrae, la seduce, la fascina  
y la ilusion consume de sus alas:  
cual la mar agitada y turbulenta  
al fuerte muro en que se estrella brava:  
como la flor al sol que la marchita:  
como la nube al rayo que la rasga;  
y, en fin, como la madre al hijo adora  
que misero al nacer su muerte causa.

El mi existencia envenenó y le amo:  
él la aureola luminosa y casta  
que Dios puso en la frente de las vírgenes  
me arrebató y le amo; la esperanza  
de todo bien su desamor me roba  
y le amo, y aquí siempre grabada  
su imágen vivirá, y á su influencia  
ved como el corazon de amor se inflama.  
No exijais que os explique este misterio:  
no puedo, no lo sé: que no se hallan  
los secretos del alma, sometidos  
á la mezquina inteligencia humana.

SIEBEL. ¡Un tesoro con vos pierde ese hombre!  
No lo comprende, ingrato....

MARGARITA. Basta, basta,  
que me siento morir: hablemos solo  
de vos. ¡Oh! cuánto debo á vuestra franca  
y leal amistad.

SIEBEL. ¡Ah, Margarita,  
eterna os la consagro.

MARGARITA. ¡Gracias, gracias!

MARGARITA. Por el bien que me haceis, benigno el cielo  
os colme de ventura.

SIEBEL. Vuestra causa,  
desde hoy en adelante, un brazo fuerte,  
y un decidido corazon reclama,  
y sola no estareis: Dios bondadoso  
un protector energético os depara.

MARGARITA. ¿Qué decís?

SIEBEL. Que la guerra ha terminado:  
que los valientes hijos de la patria  
vuelven á sus hogares, en la frente  
ostentando el laurel de las batallas.  
Que pronto Valentin en vuestros brazos....

MARGARITA. ¡Esto mas, justo cielo...!

SIEBEL. ¿Qué os espanta?  
¿Sentís su vuelta?

MARGARITA. No. ¡Ah, hermano mio!

Dios le traiga con bien: lo que desgarrar  
de ansiedad, de temor mi pecho triste,  
es no poder sufrir de sus palabras  
la justa queja, ni el fulgor siniestro  
del fuego acusador de su mirada:

tener que presentarme ante su vista,  
transida de dolor, la frente baja,  
y ostentando el carmin de la vergüenza,  
y del oprobio en las mejillas pálidas.

SIEBEL. No temais: Valentin es generoso  
y otorgará el perdon á vuestra falta.

MARGARITA. ¡Qué mal le conocéis! Ama la honra,  
y en ella, por su fe, no admite mancha;  
los afectos mas grandes y mas puros,  
sin piedad, sin dolor sacrificara  
al sentimiento del honor que extingue  
toda pasion en él, y llena su alma.  
Su afecto por la honra le ha llevado  
decidido á los campos de batalla;

en horfandad dejándome sumida,  
y á merced de la suerte abandonada.  
Hoy de gloria cubierto, vuelve ansioso  
á arrojar en los brazos de su hermana,  
y ésta en cambio ofrecerle solo puede  
ignominia y baldon, vergüenza, infamia.  
Siebel, no lo dudeis: llegó la hora  
de sufrir el castigo de mi falta.  
Valentin, implacable, á su decoro  
dará satisfaccion, feroz venganza  
en mí tomando, y con su justa cólera  
satisfecha será la ley humana.  
Hechos inexplicables, misteriosos,  
me hacen aparecer como malvada  
infanticida, Siebel, matadora  
del hijo que he llevado en mis entrañas;  
del que engendrado en el dolor, ha muerto  
en el dolor tambien.

SIEBEL.

MARGARITA.

SIEBEL.

MARGARITA.

¡Ah!  
¿Os espanta  
mi horrible situacion?  
Tranquilizaos:  
es que tiemblo al medir vuestra desgracia.  
Y ese misterio...

Es un misterio horrible.  
Escuchad el secreto de mi alma:  
Una noche en que el sueño de mis ojos  
tenaz huia, y más me acongojaba  
la constante memoria del ingrato,  
salté del lecho y me salí de casa  
con mi hijo infeliz, único alivio  
de mi inmenso dolor. Tal vez guiada  
por mi sino fatal, la silenciosa  
ciudad abandoné, y audaz mi planta  
los valles recorrió, los altos montes  
sin tregua ni reposo. Fatigada

me detengo, por fin, y á mis piés veo  
inquietas avanzar las turbias aguas  
del hondo lago, que romper intenta  
su cárcel de peñascos. La callada  
y temerosa noche, la profunda  
oscuridad del cielo, las extrañas  
fatídicas visiones que fingian  
los espantados ojos en las ramas  
de las negras encinas y en los picos  
que coronan la altísima montaña,  
el quejido del viento que repite  
el eco acusador, las negras ansias  
del corazon aumentan y en las venas  
paralizan la sangre congelada.  
Fijos los ojos en la estrella hermosa  
que las espesas nubes no velaban,  
turbada la razón, y obedeciendo  
á la fuerte pasión que me hace esclava,  
tres veces pronunció mi ardiente labio  
el nombre del perjuró que me mata.  
De repente ¡ay de mí! la opuesta orilla  
rojiza luz inunda, y entre llamas  
miro á mi dulce bien, preso en las manos  
del amigo feroz que le acompaña.  
Clava en los míos los brillantes ojos,  
y con acento dolorido exclama:  
«¡Margarita, te adoro, ven, soy tuyo!»  
Frenética alegría, en la garganta  
aprisiona la voz, tiendo los brazos  
hacia mi bien, y en las revueltas aguas  
cae el hijo infeliz, que antes risueño  
de infantiles caricias me colmaba.  
La fingida vision desaparece,  
la tiniebla me envuelve, en mis entrañas  
resuena el débil grito de agonía  
de la víctima triste, y desolada.

entre las ondas quiero sepultarme ;  
mas repddida al dolor, caigo de espaldas  
sobre la dura roca.... Cuanto tiempo  
allí permanecí, lo ignoro : extraña  
reaccion dióme una vida que hoy arrastro  
entre remordimientos y entre lágrimas,  
y como criminal infanticida  
el vulgo desde entonces me señala.  
Tal es mi situación: lo extraordinario  
y lo inmenso del crimen, hoy coarta  
la acción de la justicia: para hacerla  
caer sobre mi frente, una palabra  
bastará, Siebel, y mi pobre hermano,  
el encargado es de pronunciarla!

SIEBEL. No la pronunciará: yo os lo prometo:  
lo juro por mi fe; mas si no os basta,  
por el amor que un dia me inspirásteis,  
por el que os fengo aun, de tan extraña,  
de tan horrible situación libraos.  
Esperad de las tropas la llegada ;  
yo veré á vuestro hermano, y de su enojo  
la fuerza calmaré, tengo esperanza.

MARGARITA. Tan generoso sacrificio, el cielo  
sabr  recompensar.

SIEBEL. (Señalando al corazon.) Aquí se halla  
mi mejor recompensa, Margarita:  
feliz será si por su amor os salva.

(Vase por la derecha. Margarita le contempla un momento mientras sale, dirige al cielo una mirada y se retira por la izquierda.)

## MUTACION.

Una plaza: al frente la fachada principal de una catedral gótica: á la derecha la casa de Margarita.

### ESCENA III.

SIEBEL *saliendo de casa de Margarita*: MARTHA *que va á entrar en ella*.

SIEBEL. ¡Martha!

MARTHA. Gracias á Dios que aquí os encuentro.  
¿Y Margarita...? ¡Cielos! ¡Qué desgracia!  
Su hermano ha vuelto.

SIEBEL. ¡Valentin! ¡Dios mío!

MARTHA. En la ciudad entró: ¿qué hacemos?

SIEBEL. Martha,  
fiad en mí. (*Suenan clarines á lo lejos.*)

MARTHA. Escuchad, ya se aproximan:  
salvadla, Siebel, por piedad, salvadla.

(*Entra en casa de Margarita: Siebel se dirige al fondo de la plaza cuando salen los estudiantes y le detienen.*)

### ESCENA IV.

SIEBEL, FROSCH, ALMAYER y BRANDER.

BRANDER. Ved aquí á Siebel, á quien ha llegado  
la hora de recordar su juramento.

ALMAYER. ¿Cómo cumpliste el voto aquí formado?

FROSCH. ¿Qué has hecho? ¿qué ha intentado  
tu valor, tu osadía,  
para dar un honroso cumplimiento

á la palabra que empeñaste un día?

SIEBEL.

Dejadme por piedad: no de mi alma y  
aumenteis el valor desesperado;  
no con reproches aumenteis mi pena:  
devolved á mi pecho la fria calma  
que tanto necesita,  
y por mi amor y por mi fe ayudado,  
veré mi afan logrado  
al salvar á la pobre Margarita.

BRANDER.

Valentin es honrado, leal y bueno;  
y en su venganza, que será terrible,  
agotará el veneno  
con que su hermana emponzoñó su alma.

SIEBEL.

Esa una razon es, aun mas plausible  
para no abandonarla.

FROSCH.

Calma, calma,  
amigo Siebel: en asuntos tales,  
no siempre es dado interesarse mucho:  
que aunque amigos leales  
por sentimientos nobles excitados,  
pudiera suceder que mas fatales  
fueran para su mal los resultados.

ALMAYER.

Por Dios, que es maravilla,  
que así perdais el tiempo inútilmente:  
mal ejemplo á las mozas de la villa  
ha dado Margarita, cuya frente  
no puede levantarse sin mancilla.

Un pesar verdadero  
me inspiran su desgracia y su agonía;  
mas ¿quién, por vida mia,  
será capaz en su delirio loco,  
del crimen invocando el torpe fuero,  
y de defender á la mujer liviana  
que teniendo su honra tan en poco,  
al amor se entregó de un extranjero?

SIEBEL.

Yo, ¡vive Dios! ¿Y quién es el que tiene

madre, hermanas, amante,  
y tímido y cobarde se contiene  
sin que fiera le espante  
la idea que el espíritu revela,  
del abandono en que la pobre niña  
va á encontrarse sumida en este instante?

La desgracia que vela  
por todas partes sin cesar, acosar,  
al que honrado y tranquilo  
en su conciencia y en su honor reposa.

¿Quién podrá, sin temor á un golpe fiero,  
lanzar la piedra del reproche airado  
sobre la pobre víctima que vierte

lágrimas de dolor desesperado

por su enemiga suerte,  
y que expuesta se mira á los rencores  
de un populacho ruin y despiadado?

Cediendo á los halagos seductores,

al engaño falaz, á la maldita

y mentida palabra de un infame,

quizás á un maleficio,

sucumbió por desgracia Margarita,

consumando al caer su sacrificio.

Ella, que siendo de virtud modelo,

de la comarca fué gloria y encanto,

hoy gime en triste duelo,

y abrasados sus ojos por el llanto,

el alma por la pena desgarrada,

el corazón henchido de amargura,

demandando protección. ¡Oh, amigos míos!

tendedle de piedad una mirada,

y uniendo á mí vuestros leales bríos,

calmad la desventura

de la que auxilio á la amistad implora.

Ayudadme á salvarla

y contad con mi vida desde ahora.

## ESCENA V.

*La plaza se ha ido llenando de gente poco á poco: la música militar se ha acercado lentamente, y entran las tropas en la escena, desfilando al terminar la marcha. Entre ellas viene VALENTIN que se dirige desde luego al grupo que forman los anteriores.*

VALENTIN. Al fin nos vemos, amigos: *(Música.)*

eres tú, querido Siebel?

venid, venid á mis brazos;

que el placer que el alma siente

embarga mi voz, y en ellos

expresarse solo puede.

ALMAYER. *(Con frialdad.)* Salud al bravo soldado

de la patria; al grande héroe!

Has luchado como bueno;

pero el destino no quiere

que tu dicha sea completa,

y te la niega inclemente.

*(Vase por donde salieron las tropas.)*

VALENTIN. ¿Qué dice? ¿Por qué se marcha?

¿Por qué el afecto repele

de la mas pura amistad?

Tú, Brander.....

BRANDER. Brander es siempre

el mismo: no ha variado;

y tan firme se mantiene,

que son tuyos sus afectos,

su amistad, cuanto posee;

pero es preciso que laves

con mano enérgica y fuerte

tu honra de la negra mancha

que hoy, Valentin, la oscurece.

*(Hace como el anterior.)*

VALENTIN. ¿Qué es esto? ¿Os habeis propuesto  
sin duda loco volverme?  
Habla, Frosch: ¿qué es lo que pasa,  
qué ocurre?

FROSCH. Mi voz no debe  
decirlo: en tu casa entra  
y pregunta, si te atreves,  
al santo hogar de tus padres,  
quién lo ha profanado aleve.  
(*Vase como los anteriores.*)

VALENTIN. ¡Eh!.... ¿Quién diablos hace caso  
de esa caprichosa gente?  
Serán lo que siempre han sido:  
unos visionarios. Siebel,  
ven á mi casa, y allí  
en unión grata y alegre,  
y animados por el vino  
espumoso y trasparente,  
la vida del campamento  
recordaré, y los solemnes  
dias de batalla y gloria  
que aun de placer estremecen  
en su retiro al soldado,  
cuando á él por fortuna vuelve  
del laurel de la victoria  
ceñida la noble frente!  
Pero no perdamos tiempo.  
Ven conmigo... (*Dirigiéndose á la casa.*)

SIEBEL. (*Interponiéndose.*) No, no entres.

VALENTIN. ¿Tú tambien? ¿por qué me impides  
el paso? ¿qué es esto, Siebel?  
¿Por qué huyendo mis miradas  
fijos en el suelo tienes  
los ojos? Mi hermana acaso....

SIEBEL. ¡Ah! nó, nó....

VALENTIN. No se comprende

tan extraña situación.

¿Qué pasa? dime.... ¿lo entiendes?

SIEBEL. Pues bien... oye.... nó, nó puedo.

VALENTIN. ¿Qué quieres decir? (*Dirigiéndose á la casa.*)

SIEBEL. (*Cortándole el paso.*) Que esperes!

Piedad, Valentín!

VALENTIN. ¡Oh! aparta.

(*Le arroja á un lado y penetra en la casa.*)

SIEBEL. ¡Amparadla, Dios elemento!

(*Siebel se pierde por una de las calles laterales. Es ya noche completa.*)

## ESCENA VI.

FAUSTO y MEFISTÓFELES, con una guitarra debajo del brazo.

FAUSTO. ¿Ves allá arriba, en el azul espacio,  
aquella eterna lámpara que pura  
hace oscilar su luz, y en torno suyo  
es con todo la noche mas profunda?  
Pues así de mi alma las tinieblas  
crecen mas cada vez y mas me abruman.

MEFISTÓF. Pues yo soy como el gato que se rasca  
contra la superficie tosca, brusca  
de una pared al descender por ella,  
sin perder el instinto que su astuta  
agilidad aumenta. Estremecido  
el pecho siento de sin par ventura  
al sencillo recuerdo de la noche  
hermosa de Walpurgis: no, no hay duda....  
es la impresion mas grata que el espíritu  
ha podido sentir en su locura.  
Pronto, doctor, nos llamará de nuevo,  
y allí al menos, las tristes amarguras  
de la existencia material cesando,

torrentes de placer el alma inundan.  
Ya verás, ya verás cuantos placeres,  
pues conmigo vendrás. ¿No es cierto?

FAUSTO. Nunca;  
jamás con tan impuras ceremonias  
me mancharé.

MEFISTÓF. Tu inteligencia ruda,  
sabio mortal, lo grande no comprende  
y orgulloso no obstante lo censuras!  
La noche de Walpurgis es el colmo  
de la felicidad. Doctor, escucha.  
Un campo inmenso de ignorados límites,  
envuelto en la tiniebla mas profunda,  
es el sitio á la fiesta destinado  
de una noche, doctor, como ninguna.  
Fuegos fatuos de luz rojiza y verde  
por intervalos rápidos alumbran  
las misteriosas sendas, y las formas  
de los añosos árboles abulta.  
Airado el huracan, potente ruge  
á la fuerza cediendo que le impulsa,  
y en su base las rocas se estremecen  
y en infernal concierto se derrumban.  
Un grito de dolor finge al oido  
el rumor de las aguas que entre grutas  
y en rápidos torrentes se despeñan  
hasta el oscuro abismo en que se ocultan.  
Brilla fugaz el cárdeno relámpago,  
precursor misterioso de la augusta,  
de la potente voz del ronco trueno  
que en el espacio cóncavo retumba,  
y al propio tiempo el encendido rayo  
la nube rasga con tremenda furia.  
Aumenta el huracan: crecen las sombras:  
condénsase la niebla; y de la lluvia  
el compasado, persistente ruido

se redobla á la vez. ¡Oh! cómo ofusca,  
cómo enloquece la razon el vario,  
el múltiple fragor que en torno zumba!  
La planta vacilante, un nuevo apoyo  
entre las sombras impaciente busca;  
la razon desvaría y el espanto  
se apodera del alma, que aunque pugna  
por triunfar del terror, el terror mismo  
las proporciones del pavor abulta.  
Súbito cambia el temeroso aspecto  
de la naturaleza: las impuras  
tinieblas huyen á esconderse, heridas  
por la brillante luz que el campo inunda.  
Sus alas plega el viento: la tormenta  
de un poder superior huye confusa.  
En torrentes de aljófar se deshace  
lo que antes era congelada lluvia:  
de hermosas flores las corolas tiernas,  
abiertas al amor, gratas perfuman  
el dilatado ambiente, y frescas brisas  
entre las ramas plácidas susurran.  
Resuena entonces mágico concierto  
en lejanas y próximas alturas;  
revuélvense en confuso torbellino  
hombres, mujeres, genios, hadas, brujas,  
y empieza al fin la bacanal ruidosa,  
desenfrenada y loca. Las angustias  
que el temor engendró, más acrecientan  
el afán de placeres que ya punza  
el anhelante corazón, que ansioso  
la dulce copa del deleite apura.  
¡Estremece, doctor, de tanta dicha  
el recuerdo no mas! Cuantas locuras  
puede el hombre soñar; cuantos deseos  
le acosan sin cesar y le sepultan  
en inmenso dolor; cuantas pasiones

la triste vida agitan y torturan  
con aguijon creciente, allí, en Walpurgis  
hallan satisfaccion ámplia y segura;  
y si existe un poder mayor que el mio,  
allí, doctor, su majestad encumbra!

FAUSTO. En vano intentas seducirme!

MEFISTÓF. ¿En vano?

Tú has de venir conmigo, y de la insulsa,  
necia muchacha cuyo amor te ciega,  
pronto te olvidarás: ¿no es cierto?

FAUSTO. Nunca.

Eterno mensajero de desgracias,  
te engañas, sí, te engañas: tus pinturas  
seducirme no pueden: de mi pecho  
borrar no alcanzan la memoria pura  
de Margarita, por quien solo ansío  
riquezas y poder: en ella fundas  
grata esperanza el corazón amante;  
por ella en realidad quiero la duda  
convertir de mi afán. ¿Tardará mucho  
en ser verdad el sueño de la gruta,  
aquel tesoro inmenso, que escondido  
vi en las entrañas de la tierra?

MEFISTÓF. Angustia

tu afán me inspira solo: mas con todo,  
el mio á complacerte se apresura.

Pronto en ricos escudos rebosando  
el cofre poseerás que te deslumbra.

FAUSTO. ¿Y no hay en él para adornar el cuello  
de mi bien adorado joya alguna?

MEFISTÓF. ¿Cómo faltar pudiera en un tesoro  
de una riqueza sin igual? Ocultas  
en él encontrarás hermosas perlas  
de deslumbrante y sin igual blancura.

FAUSTO. Con tan grata noticia me enloqueces.

MEFISTÓF. Siempre el mismo serás: ideas absurdas

sin cesar te combaten; pero creo que es fácil que á tu dicha contribuya tambien un rato alegre y bullicioso de nueva, extraña y agradable música. Esto, amigo doctor, nada te cuesta; y ahora que el cielo sus estrellas fúlgidas hace brillar con rayos esplendentes, con destellos de luz vaga y confusa; ahora que el mundo adormecido yace treguas dando á su afan y á su locura, de mi guitarra á los alegres ecos y en notas ya suaves ó ya agudas, voy á dejarte oír, tierna, apacible, una cancion que á la moral tributa justo homenaje; y si en su lecho velarás con que placer tu amante escucha.

*(Empieza en la guitarra el preludio de la cancion, que interrumpe al salir Valentin de casa de Margarita.)*

## ESCENA VII.

DICHOS y VALENTIN.

VALENTIN. ¿Qué haceis, señores, aquí?  
 ¿Saberse acaso pudiera,  
 el objeto de esta música?  
 MEFISTÓF. No merece una respuesta  
 pregunta tan singular;  
 mas por si acaso os inquieta,  
 sabed que á vos dirigida  
 no va, amigo, nuestra fiesta.  
 VALENTIN. Bien lo sé; pero mi hermana  
 tampoco gozará de ella.  
 FAUSTO. ¡Cielos!  
 MEFISTÓF. Me parece, amigo,

- que no os agrada la orquesta.
- VALENTIN. Lo que hice con la guitarra  
haré con quien la maneja.
- MEFISTÓF. Atrevido, seor soldado,  
regresásteis de la guerra.
- VALENTIN. Basta ya de explicaciones;  
basta de ultrajes y afrentas.  
¿Á quien de vosotros debo  
pedir de mi honra cuenta?  
¿Á quien arrancar mi espada  
debe la ruin existencia?
- FAUSTO. Á mi.
- VALENTIN. ¿Cómo? ¿El miserable  
eres tú, cuya impureza  
manchó cobarde y villano  
de mi hermana la inocencia?
- FAUSTO. Y el que va á darte lecciones  
de cortesía y modestia.
- VALENTIN. Veamos, pues.
- FAUSTO. En guardia pronto.
- MEFISTÓF. De nuevo estoy en mi esfera.  
Ponte á mi lado, doctor;  
sereno el ánimo muestra,  
que sus golpes mas seguros  
anulará mi destreza.
- VALENTIN. Redobla ¡oh cielo! en mi pecho  
el fiero valor que alienta,  
para que mi honra manchada  
borrar con su sangre pueda.
- MEFISTÓF. De su valor yo me rio,  
de su ira y de su impotencia.
- VALENTIN. *(Sacando la medalla del segundo acto.)*  
Tú que en las batallas fuiste,  
egida, amparo y defensa  
de la vida del soldado  
con celestial influencia;

medalla que de mi hermana  
fuiste cariñosa prenda;  
amuleto misterioso  
que su traicion me recuerda,  
lejos de mí: tu contacto  
mi pecho oprimido quema.

*(Arroja lejos de sí la medalla.)*

MEFISTÓF. Pronto te arrepentirás.

VALENTIN. En guardia pronto: ¿qué esperas?

MEFISTÓF. Doctor, mi poder te escuda;  
espada en mano y no temas,  
que yo pararé los golpes. *(Riñen.)*

VALENTIN. Si es que puedes, para esta *(Música.)*  
estocada.

MEFISTÓF. ¿Por qué no?

VALENTIN. ¡Por Dios, que la ira me ciega!

Para esta.

MEFISTÓF. Esa tambien.

Manda otra cosa.

VALENTIN. Creo habérmelas  
con el mismo diablo. ¡Cielos!  
toda mi sangre se hiela;  
mi mano se paraliza  
y en ella la espada tiembla.

MEFISTÓF. Avanza. *(A Fausto.)*

VALENTIN. *(Que recibe una estocada.)* ¡Ay de mí!

MEFISTÓF. Acabamos.

Ahora marchemos apriesa,  
doctor, cuanto sea posible,  
que la justicia me aterra.  
No temo á la policia  
porque corro bien con ella;  
mas temo á los alguaciles  
de golilla y de linterna.

*(Queda el cadáver tendido en la plaza: Fausto y Mefistófeles desaparecen por una de las calles inmediatas.)*

## ESCENA VIII.

VALENTIN y MARTHA, *que sale de casa de Margarita.*

MARTHA. Si no me engañó el oído,  
hacia aquí ruido de espadas  
percibí: ¡qué veo! ¡un hombre! (*Viendo al herido.*)  
(*Reconociéndole.*) Valentín! ¡Oh, qué desgracia!  
Al asesino, socorro!  
acudid todos...!

## ESCENA IX.

DICHOS, MARGARITA, SIEBEL, *pueblo y soldados.*

SIEBEL. ¿Qué pasa?  
MARTHA. ¡Mirad, mirad!  
SIEBEL. ¡Infeliz!  
MARTHA. ¡Socorro!  
MARGARITA. ¿Qué ocurre, Martha?  
(*Viendo á su hermano herido.*)  
Valentín, hermano mío...!  
VALENTIN. ¡Margarita!  
MARGARITA. Sí, tu hermana...  
VALENTIN. ¿Qué quieres? Vete de aquí.  
MARGARITA. ¡Oh, Dios mío!  
VALENTIN. (*Dirigiéndose á todos.*) Ella me mató; y  
por ella muero, y á manos  
del que causó nuestra infamia...  
asesinado sucumbo  
por su culpa y al vengarla.  
MARGARITA. Con nuevo dolor horrible  
hoy Dios castiga mi falta!

SIEBEL. Tu perdón... (Á Valentín.)

VALENTÍN. No, Siebel, nunca.

Escucha, mujer liviana,  
de un moribundo el acento:

por él tu crimen te habla.

Seguiste la infame senda

que á la perdición arrastra....

y al fin terrible castigo

en esta vida te aguarda.

MARGARITA. ¡Por piedad!

VALENTÍN. No, no la esperes,

que nunca el crimen la alcanza.

Para tí que torpe hollaste

tu honra pura, inmaculada;

para tí, que el pobre hogar

del soldado de la patria

mancillaste para siempre

con la mas impura mancha;

para tí, asesino infame,

del hermano á quien ultrajas;

para tí, verdugo fiero

del hijo de tus entrañas,

para tí todas sus penas

pido á la justicia humana;

y si el cielo te perdona,

si al fin sus iras se aplacan,

mi maldición....

MARGARITA. ¡Dios piadoso!

Valentín.... hermano....

VALENTÍN. ¡Calla!

¡Yo hermano tuyo...! Pues bien,

que mis últimas palabras,

redoblando los tormentos

que ahora destrozan tu alma,

recuerden el tierno lazo

que tú sin piedad desatas....

¡ Tu hermano fui y me asesinas...!

¡ Maldita seas, hermana! (*Muere.*)

SIEBEL. ¡ Oh, qué horror!

MARGARITA. ¡ Hermano mio!

SIEBEL. Apartad.

(*Á Margarita que quiere abrazar á Valentin.*)

MARGARITA. Dejadme.

SIEBEL. (*Conteniéndola y dirigiéndose á los demás.*) Basta.

Ha muerto, infeliz, ha muerto,

y en su frente veneranda,

aun luce el laurel de gloria

de los campos de batalla.

(*Á una señal de Siebel conducen el cadáver de Valentin á una de las casas inmediatas: él y Martha se llevan á Margarita de-lirante.*)

## MUTACION.

La plaza se trasforma en el interior de una magnífica catedral gótica.

Las luces, el órgano y el incienso, así como la afluencia del pueblo, indican que se están celebrando oficios divinos.

## ESCENA X.

*Multitud de personas van llenando lentamente las extensas bóvedas de la catedral: de las últimas y entre ellas viene MARGARITA, llorosa y desconsolada, mostrando el terrible sentimiento que combate su alma. Á su alrededor se produce siempre un gran vacío, porque todos huyen del contacto de Margarita, hasta que ella elige un sitio separado cerca de la pila del agua bendita, donde se arrodilla. El órgano precede á las palabras de Margarita.*

MARGARITA. Perdonadme, Señor, si en mi amargura (*Música.*) transida de dolor hasta vos llego, mustia la frente, el corazón herido,

y sumergida en hondo desconsuelo.  
Vos, Señor, de piedad inagotable,  
de caridad y amor fuisteis ejemplo;  
por eso su perdon de vos espera  
el miserable, el desgraciado réprobo  
que arrepentido ante el altar se postra  
de vuestro santo y esplendente templo.  
Voces desconocidas en mi oído  
resuenan sin cesar: remordimientos  
que el alma punzan á la vez me afligen,  
y vacilante á mi pesar, emprendo  
senda de maldición: de mi memoria,  
sin poderlo evitar surge el recuerdo  
de mi florida juventud, y el alma  
goza con las delicias de otros tiempos.

*(La pila de agua bendita se abre y deja ver á Mefistófeles, que habla á Margarita, inclinándose hácia ella.)*

MEFISTÓF. Tiempos felices de placer y amores  
que para no volver ráudos huyeron.  
Niña inocente, pura, candorosa,  
de amor dechado, de virtud modelo;  
ante ese mismo altar, de tus plegarias,  
de tu oracion se levantaba el eco.  
El ángel de la fe lo recogía,  
y en aromas dulcísimos envuelto,  
como ofrenda purísima del alma,  
como holocausto lo elevaba al cielo.  
¡Qué cambio tan horrible, Margarita!  
Ayer virtud, amor, dicha, contento;  
hoy desesperacion, cruel desengaño;  
ayer un paraíso; hoy un infierno.  
Oye la voz que sin cesar te anuncia  
condenacion eterna: oye el tremendo,  
el terrible anatema qué á tu frente  
lanza un Dios enojado y justiciero.

MARGARITA. ¡Cuánto sufro! Paréceme que extrañas

y horribles voces, en tropel revuelto  
llegan hasta mi oído y que me anuncian  
nuevas desgracias y suplicios nuevos.

CORO. Cuando de Dios (Órgano.)  
el día vendrá,  
la inmaculada  
cruz brillará,  
y el mundo entero  
se arruinará. (Cesa.)

MARGARITA. Ese canto, Dios mío, me estremece,  
hiela mi sangre y me desgarran el pecho.

MEFISTÓF. Es que empieza á estallar sobre el precito  
la cólera divina: es que el horrendo  
castigo de tus culpas ha empezado.

CORO. ¿Qué el alma entonces (Órgano.)  
dirá al Señor?  
¿Dónde buscara  
un defensor,  
si la inocencia  
no halla perdón?

MARGARITA. Señor, Señor, apiádate mi ruego!

MEFISTÓF. No hay salvación: entre vergüenza y llanto,  
tu dolor y tu afán serán eternos.

CORO. Señor, Señor,  
acoge los ruegos  
de mi corazón:  
á mí descienda un rayo  
de la celeste esfera  
y calme mi dolor.

MEFISTÓF. ¡Margarita!

MARGARITA. ¡Piedad!

MEFISTÓF. No, Margarita,  
condenada estás ya.

MARGARITA. ¡Ay de mí, cielos!

(Cae desmayada: Mefistófeles sonríe con alegría infernal: el órgano hace oír sus armonías religiosas, y baja el telón lentamente.)

---

## ACTO QUINTO.

---

Interior de un calabozo: en segundo término y á la derecha, un lecho grosero, donde se encuentra dormida Margarita. Puerta á la izquierda.

### ESCENA PRIMERA.

---

MARGARITA dormida: FAUSTO y MEFISTÓFELES que entran.

MEFISTÓF. Ya su manto de sombras va plegando (Música.)  
la silenciosa noche, y en el cielo,  
nuncios de la mañana, de la aurora  
aparecen los tímidos reflejos.  
Todo está preparado: del cadalso  
se levanta el perfil duro y sangriento  
al fondo de esa plaza, y el verdugo  
blande cruel el matador acero.  
Haz que al fin Margarita se decida  
pronto á seguirte, que veloz el tiempo  
rápido se desliza: esta es la llave: (Dándosela.)  
yo entretanto, doctor, ahí fuera velo.

FAUSTO. Déjame ya.

MEFISTÓF. Apresúrate.

FAUSTO. Sal.

MEFISTÓF. Pronto,  
que á cada instante se acrecienta el riesgo.

(Vase Mefistófeles, cerrando la puerta de la izquierda.)

## ESCENA II.

MARGARITA *dormida*: FAUSTO.

FAUSTO. ¡Heme aquí en la mansion triste y oscura  
donde el crimen audaz llora en eterno  
padecer implacable, y donde el gérmen  
del mal y del dolor tiene su asiento.  
Debajo de estas bóvedas sombrías  
aire que respirar falta á mi pecho,  
y hondo pavor infunden en el alma  
de esta terrible soledad los ecos.  
¡Y ella está aquí! Su angelical belleza  
palidece y se muere bajo el techo  
de este recinto oscuro y miserable,  
sin ambiente, sin luz, sin ver del cielo  
la llanura infinita y azulada;  
sin recibir del sol el dulce beso!  
¡Oh, qué suplicio! Abandonada y sola,  
turbada la razon, llevando el sello  
del criminal sobre su frente casta,  
como vil delincuente, en ese lecho  
presiente acaso, de pavor temblando,  
llegar la muerte á perturbar su sueño.  
Salvémosla rompiendo las cadenas  
que sus piés aprisionan. ¡Oh, cuán lejos  
estará de creer que entre mis brazos,  
con vida y libertad, amor le vuelvo!  
¡Cómo en su labio la sonrisa blanda  
la dicha hará brotar, y de su pecho,  
cómo querrá escapar hácia su amante,  
su infantil corazon de amor latiendo!  
¡Y yo voy á salvarla! Ahora bendigo  
de Satanás el pacto, que los medios

de librar á este ángel de la muerte  
pone en mis manos.

(*Acercándose y llamándola.*) ¡Margarita!

MARGARITA. (*Despertando agitada.*) ¡Cielos!

¿Qué dulce voz resuena en mis oídos? (*Música.*)

¿Quién hasta mí llegar hizo ese acento  
que conmovió las fibras de mi alma  
en ella despertando su recuerdo?

Yo la escuché: su timbre delicado  
vaga en las ondas del sonoro viento  
en torno mio, y en placer tranquilo  
cambia la angustia que turbó mi sueño.

¡Aún aquí vibra estremeciendo el alma!

¡Aún en mi oído resonar la siento!

FAUSTO. (*Bajando hácia ella desde el fondo.*)

¡Margarita!

MARGARITA. (*Volviéndose hácia él.*)

¡Es su voz! Hácia mí viene  
generoso á salvarme! ¡Ya le veo  
irradiando en la luz de su mirada  
de nuestro amor el sacrosanto fuego!

FAUSTO. (*Estrechándola en sus brazos.*)

Sí, Margarita, yo: yo que te adoro  
como en los dulces venturosos tiempos  
de nuestro amor; yo soy, ángel querido,  
que á darte libertad ansioso vuelvo.

MARGARITA. Sí: eres tú.... ¡tú...! una y mil veces  
me lo vuelve á decir.... sí, ¿qué se hicieron  
esas eternas horas de agonía,  
de amargura sin fin y de tormento,  
si ya en tus brazos, palpitante el alma,  
evoca sus dulcísimos recuerdos?  
¿Eres tú, amado mio? ¿Tú que vienes  
de mis cadenas á romper los hierros,  
para que el mundo envidie nuestra dicha,  
de nuestro santo amor testigo siendo?

Sí.... he aquí el jardín frondoso donde alegre,  
impaciente esperaba tu regreso,  
de las pintadas flores el aroma  
embriagada aspirando, cuando el cielo  
sobre el mundo extendía misterioso  
su manto salpicado de luceros.

Mira la calle en que por vez primera  
resonaron en mí los dulces ecos  
de tu voz, que temblando, al alma mía  
las primicias de amor llegó pidiendo;  
y escucha el dulce canto de los ángeles  
que en nuestras almas aumentaba el fuego  
santo en que ardian, sus divinas voces  
formando coro en celestial concierto,  
con el himno de amor que se elevaba  
al trémulo latir de nuestros pechos....  
Quédate junto á mí: con tu presencia,  
prestas las horas del dolor huyeron.

FAUSTO. Es preciso partir; la noche avanza;  
ya de la aurora tienen los reflejos  
el lejano horizonte: ven conmigo  
que vida y libertad y amor te ofrezco.

MARGARITA. ¿Contigo y ya tus brazos me rechazan?  
¿Qué se hizo de tu fe? ¿Qué del inmenso  
ardiente amor que un día de tus labios  
brotó á raudales y encendió mi pecho?  
¿Quién tu alma atrevido me arrebató?  
¿Por qué esta angustia que en tus brazos siento,  
yo que otras veces, delirante y loca,  
mi gloria y mi placer buscaba en ellos?

FAUSTO. (¡ Se turba su razon!) Ven, Margarita:  
rompe de tu prision los duros hierros,  
y horas de paz y de tranquila calma  
en misteriosa soledad busquemos.  
Detrás de estas paredes nos aguardan  
dos potros corredores que del viento

émulos son, y en rápida carrera  
de estos sitios tristesimos huiremos.  
Grande es el mundo: en otros horizontes  
á nuestro bien futuro mas risueños;  
allí, donde perpétua primavera  
los campos viste con verdor eterno;  
en el fondo de un bosque impenetrable  
nuestra doble existencia fijaremos,  
buscando en el olvido de los hombres  
la santa paz que nos negaron ellos.  
Ven, Margarita: el porvenir se abre  
delante de nosotros alhagüeño,  
rico en promesas de placer y calma,  
rico en venturas y en amor inmenso.  
Sígueme.

**MARGARITA.** No: tú rompes mis cadenas;  
tus brazos abres á mi amor de nuevo;  
calma y placer el porvenir nos brinda  
realizando del alma los deseos,  
cuando en tigre sedienta de matanza  
tornóse la doncella de otros tiempos.  
Mira mis manos: aun las mancha rojo  
de doble crimen el nefando sello,  
acusadora alzándose en mi alma  
la voz del infernal remordimiento.

**FAUSTO.** Olvida el tiempo que pasó: la suerte,  
el destino fatal duro y tremendo,  
con inaudita ceguedad, castigos  
arrojó sobre tí sin merecerlos.  
Tú, paloma inocente, arrebatada  
al casto nido del hogar paterno,  
¿quién en tu alma señalar podría  
la mancha de esos crímenes sangrientos?  
Sigue mis pasos, ven: ¿quieres que muera  
en tierra extraña, de tus brazos lejos?

**MARGARITA.** No; es preciso que tú vivas ahora

para guardar de Margarita el sueño;  
es preciso que vivas, y que veles  
por los sepulcros de mis pobres muertos.  
Yo acabé ya esta vida miserable  
que entre amarguras y congojas dejo,  
y las tumbas que tú desde mañana  
has de cuidar por mí, nombrarte quiero.  
Descanse en la mejor mi santa madre,  
que me acusa y maldice desde el cielo,  
y á quien memoria eterna, amor profundo,  
en desagravio de mi crimen debo.  
Que duerma en paz mi hermano cerca de ella,  
porque se unan sus almas con el beso  
de la muerte glacial, y el uno al otro  
se preste apoyo en el camino eterno.  
Cerca, muy cerca de las dos, mi tumba  
levantarás, y aquí, sobre mi pecho,  
del hijo que perdí en aciaga noche,  
haz que reposen los queridos restos,  
y así será mi corazon de madre,  
de mi amor maternal sepulcro y templo.  
Y cual signo que aleje el maleficio  
del espíritu malo, pondrás luego  
sobre esas tumbas, cruces que protejan  
con su sombra bendita nuestro sueño...!!  
Júrame que lo harás.

FAUSTO.

¡Ah, ven, huyamos:  
sigueme por piedad! Huyamos lejos  
de estos lúgubres sitios, que testigos  
de mi dolor y tu desgracia fueron.

MARGARITA. ¿Y dónde hemos de ir?

FAUSTO.

A otras regiones,  
á otro mundo quizás, en donde el duelo  
con sus ardientes lágrimas no empañe  
el brillo de tus ojos; donde el pecho  
auras de libertad aspire, y rompa

de esta menguada esclavitud el peso;  
donde tu pura frente se levante  
sin que el matiz de la vergüenza, el sello  
sobre ella ponga, y donde el mundo rinda  
á tu virtud aplausos y respeto.  
¡Sígueme por piedad! Tras de esa puerta  
que abre á nuestra ansiedad poder supremo,  
nos brinda su extension el ancho espacio;  
armonías dulcísimas los vientos;  
castos aromas las sencillas flores;  
sombra los bosques, los arroyos tersos  
linfas de plata; las pintadas aves  
el amante trinar de sus gorjeos;  
verde dosel los árboles gigantes;  
el valle alegre perfumado lecho,  
y asilo impenetrable y misterioso  
los riscosos peñascos en sus huecos!  
Ven, Margarita, ven: naturaleza  
sus brazos tiende á nuestro amor inmenso.

MARGARITA. Tras de esa puerta que tu amor me abre,  
temblando de terror, que están presiento  
acechando mis pasos, el sepulcro  
y la muerte implacable.... huir no puedo.  
¡Ay, si me fuera dado ir á tus brazos  
en vez de dar en el reposo eterno!

FAUSTO. ¡Franca está la salida! (*Señalando la puerta.*)

MARGARITA. Me detiene  
mi destino cruel, y no me atrevo  
á obrar en contra de lo que hay escrito  
de mi vida en el libro por el cielo.  
Diente por diente, dice la Escritura:  
por hierro muere el que mató con hierro:  
yo derramé la sangre de los míos,  
y de mi crimen en castigo muero.

FAUSTO. Pues bien, ¿lo quieres...? moriré á tu lado

MARGARITA. Nunca, infeliz: ¿no sientes en tu pecho

latir el corazón, temblar el alma  
de tu hijo al dulcísimo recuerdo?  
Aun tienes que salvarlo: pronto, corre,  
rápido vuela en alas de los vientos,  
atraviesa el camino que los tilos  
somborean con sus ramas, y á lo lejos,  
cerca de la montaña, entre peñascos  
que cortan sus orillas como espectros  
fatidicos de muerte, las azules  
ondas verás del lago turbulento,  
entre las cuales tu hijo en su agonía,  
ronco ya de gritar, exhala tierno,  
doliente ¡ ay ! que viene á confundirse  
del oleaje entre el fragor revuelto.  
Corre pronto á salvarle.

FAUSTO. Se extravía  
tu razon, Margarita.

MARGARITA. Aun será tiempo.

FAUSTO. Vê que deliras!

MARGARITA. Corre....!

FAUSTO. Ven conmigo  
y entre los dos su vida salvaremos.

MARGARITA. No podré traspasar de la montaña  
los lejanos confines: ya no siento  
por mis venas correr de vital fuerza  
el animado espíritu, y mi cuerpo  
desfallece y se muere como el lirio  
al sol canicular marchito y seco.

FAUSTO. Aun vivirás para mi amor.

MARGARITA. Mi alma  
ya no puede sentir de amor terreno  
los deleites impuros, si adivina  
el placer inesfable del eterno.

FAUSTO. ¡ Ah, Margarita! Por piedad, huyamos.

MARGARITA. Piedad me exiges tú? Y en mis tormentos,  
cuando me vi del mundo despreciada

¿quiénes esa piedad de mí tuvieron?

Tú me olvidaste.

FAUSTO. Fascinado y loco;

por eso libertad á darte vuelvo.

Ven, ven, un solo paso y eres libre.

MARGARITA. Ese paso es un crimen: si le diéramos,

si yo escuchando de tu voz quejosa

los de amores tristísimos acentos,

rompiendo las cadenas que me oprimen

dócil oyera el suplicante ruego,

apenas la montaña mas cercana

pasado hubiera, el fantasma yerto

de mi madre infeliz encontraria,

mi liviana conducta maldiciendo.

FAUSTO. Pues bien, si tu razon estraviada

hoy desprecia la vida, amante y cuerdo

por fuerza ó voluntad he de salvarte.

*(Intenta hacer salir á Margarita.)*

MARGARITA. ¡Duro y cruel tambien tu amor se ha vuelto!

FAUSTO. Es preciso partir: ya rompe el dia....

MARGARITA. Brille ya el sol con esplendor soberbio,

iluminando el dia en que mis bodas

debian ser de mi constancia premio!

Mas ¡ay de mí! la virginal corona

ya no luce en mi frente sus destellos,

y los himnos de amor y de alegría

en llanto de pesar se convirtieron.

No aclamacion alegre y entusiasta,

ni locos gritos de placer, ni un pueblo

que en son de fiesta en mi redor se agita,

ni bendicion, ni aplausos girar veo

en torno de los nuevos desposados

que van su amor á consagrar al templo;

pero miro en confuso torbellino

la masa popular, con descompuesto

ronco gritar, de la mujer culpable

la sangre criminal llegar pidiendo.  
Mira la multitud como se agolpa  
del cadalso á los piés: escucha el eco  
de la triste campana que me invita  
resignada á morir, y el grave acento  
del sacerdote que piedad demanda  
al Dios omnipotente y justiciero,  
en tanto que cruel, con mano impura  
va cortando el verdugo mis cabellos.  
¡Ya levanta la espada vengadora  
que centellea con fulgor siniestro...  
Huye...! Tu amor la perdicion me atrae....  
y yo en nombre de Dios, tu amor no quiero.  
Huye pronto de aquí...  
(*Se separa de Fausto con horror.*)

FAUSTO. (*Desesperado.*) ¿Por qué he nacido?

### ESCENA III.

DICHOS y MEFISTÓFELES *que se presenta en la puerta del calabozo.*

MEFISTÓF. Salid ó de escapar no será tiempo.  
Dejad vanas palabras, que ya el alba  
brilla en el horizonte, y un momento  
puede impedir la salvacion.

MARGARITA. (*Aterrada.*) ¿Quién brota  
súbito de la tierra...? ¡Es él, oh cielo!  
Arrójele de aquí, que me persigue (*Á Fausto.*)  
como sombra evocada del infierno!

MEFISTÓF. Salid, salid....

FAUSTO. (*Á Margarita.*) Que vivas es preciso...

MARGARITA. ¡Me horrorizas!  
(*Rechazando á Fausto y dirigiéndose al cielo.*)  
¡Dios mio, me encomiendo  
á tí, cuya piedad es infinita...!

MEFISTÓF. (*Á Fausto.*) Ven, ven, ó con ella aquí te dejo.

FAUSTO. ¡Margarita!

MARGARITA. (*Orando.*) Soy tuya, Padre mio;  
mándame de tus ángeles mas bellos  
legiones que en sus alas me conduzcan  
hasta las gradas de tu trono excelso.

FAUSTO. Margarita! (*Dirigiéndose á ella.*)

MEFISTÓF. (*Riendo.*) Ja, ja.... está condenada! (*Á Fausto.*)

MARGARITA. ¡Oh, justicia de Dios, á tí me entrego! (*Muere.*)

FAUSTO. ¡Ah, muerta! (*Con desesperacion.*)

MEFISTÓF. (*Á Fausto.*) ¡Condenada!

VOZ DEL CIELO. ¡Redimida!

MEFISTÓF. ¡Sígueme!

VOZ DEL CIELO. ¡Margarita está en el cielo!

(*Mefistófeles arrastra consigo á Fausto, desapareciendo los dos como absorbidos por la tierra: llamas rojas iluminan el abismo que los traga: el fondo del teatro se abre y se ven en un fondo azulado y luminoso, sobre un trono de nubes, un grupo de ángeles que suben á Margarita muerta al cielo: una música dulcísima y el coro deben prestar mayor encanto á este cuadro de un carácter puramente religioso. En tanto que el grupo de ángeles se eleva conduciendo el cuerpo de Margarita, cae el telon lentamente.*)



Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 26 de Abril de 1866.—El Censor de Teatros, NARCISO S. SERRA.

(Mefistofeles, un asistente conigo á Faust, desapareciendo los dos como absorbidos por la tierra: llamas rojas iluminan el fondo que los traga: el fondo del teatro se oscurece y se ven en un fondo azulado y luminoso, sobre un trono de nubes, un grupo de ángeles que suben á Margarita hacia el cielo: una música celestial y el coro debien presentarse pronto, en medio de este cuadro de un carácter puramente religioso. En tanto que el grupo de ángeles se eleva conduciendo el cuerpo de Margarita hacia el cielo lentamente.)

Dejad vuestros palabras, que ya la alba  
brilla en el horizonte y un amanecer  
puede impedir la separacion.

MARGARITA. ¡Alerrada! ¿Quién brota  
subito de la tierra? ¿Es el, oh cielo!  
Arrojado aquí, que me persigue... (A Faust.)  
como sombra errante del infierno!

MEFISTOFEL. ¡Salid, salid...  
FAUSTO. (A Margarita.) ¡Una viva es preciso...  
MARGARITA. Me horrorizas!  
(Rechazando á Faust y dirigiéndose al cielo)  
¡Dios mio, me encuentro  
a ti, cuya piedad es infinita!

66 1028093



